

La Farsa

50 cts.

Cubierta

de

este

número:

la

gran

Loreto

Prado

LA MARIMANDONA

JOSE RAMOS MARTIN

LA MARIMANDONA

HISTORIETA EN TRES ACTOS, DIVIDIDOS EN CINCO CUADROS, EN PROSA

ORIGINAL

Estrenada en el Teatro Cómico, de Madrid, la noche del 13 de junio de 1931.

DIBUJOS DE
GUTIERREZ NAVAS



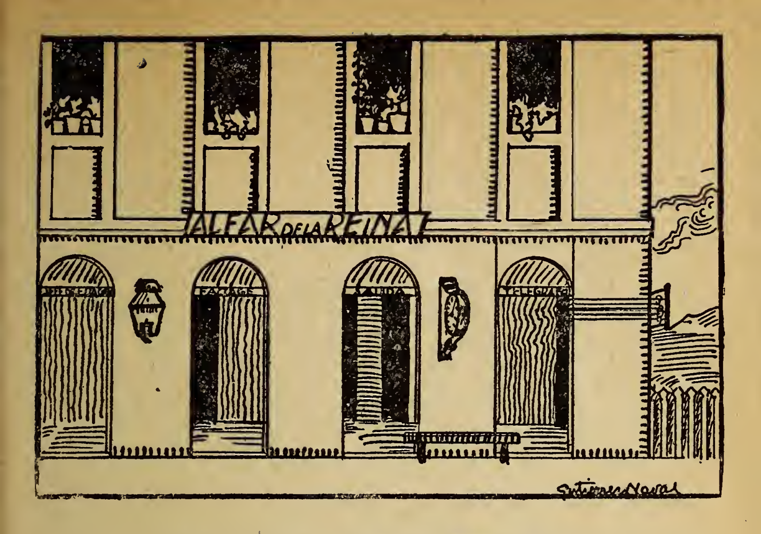


AÑO V ||| 7 DE NOVIEMBRE DE 1931 ||| NÚM. 217
MADRID

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Paz	Loreto Prado.
Linda de Francia	Consuelo Nieva.
Puri	Luisa Melchor.
Isabel	Carmen L. Solís.
Santas	Julia Medero.
Petra	Pepita del Cid.
Remigia	Nati R. González.
Doña Prudencia	Amalia Anchorena.
Rosita	Niña Morales.
Roso	Enrique Chicote.
Buenaventura	Francisco Melgares.
Alfonso	José Cuenca.
Jenaro y el Peatón	José Lucio.
El Jefe de estación y el Cura	Rodolfo Recober.
D. Raimundo, Jesús y Cayetano	José Delgado.
Froilán, Mozo y Macario	José Sampietro.
Matías	Antonio Martínez.

La acción del cuadro primero en Alfar de la Reina, la del quinto en Cascarriales, pueblos imaginarios de la provincia de Toledo. La de los cuadros restantes en Madrid. Derecha e izquierda, la de los personajes. Epoca actual.



ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Decoración a segundo término. Andén de una estación de ferrocarril de un pueblo de la Mancha: Alfar de la Reina. Dando frente al público, la fachada con cuatro puertas con sus correspondientes letreros: Jefe de estación, Factaje, Telégrafo, Salida; reloj, campana, dos bancos y los accesorios propios del lugar de acción. La vía férrea se supone está en la batería del proscenio. Es de día. En primavera.

(Antes de levantarse el telón se oyen tres toques de campana, una voz de: "Señores viajeros, al tren", un silbido, un pitido de la locomotora y a continuación el sonido de un tren al ponerse en marcha. Acto seguido se alza el telón y aparecen en escena el JEFE DE ESTACION y el MOZO. Poco a poco va amortiguándose el sonido del tren que acaba de partir.)

MOZO.—¡Feliz viaje!... A las seis en Madrid... (*Al Jefe.*) Hoy ha venido con poco retraso...

JEFE.—Insignificante: dos horas escasas...

MOZO.—¿El 705 qué trae?...

JEFE.—Tres horas nada más. Poco a poco se va normalizando el servicio...

(Por la puerta de salida sale el PEATON. El Mozo entra en el Telégrafo.)

PEATÓN.—Güenas tardes...
JEFE.—Hola, tío Valija..
PEATÓN.—¡Rediez ya va apretando el sol!...
JEFE.—Poca correspondencia, ¿eh?...
PEATÓN.—Dos cartas pa Madrid...
JEFE.—Poco escriben los de tu pueblo...
PEATÓN.—Como que son pocos los que saben escribir. Quítale al maestro, quítale al boticario, quítale al cura, y quítales a tres u cuatro de los ricachones, y me alegro de verlos güenos.
JEFE.—Hombre y don Hermógenes, el médico.
PEATÓN.—Ese hace unos garrapatos que no los entiende más que el boticario..., si es que los entiende, que yo creo que cuando le llevan una receta da lo primero que tie a mano...
JEFE.—¿Y os atrevéis a tomar las medicinas?
PEATÓN.—No, porque ya tie él güen cuidao de poner la mayor parte de las veces en el frasco una calavera y dos huesos, pa que naide se atreva ni a destaparlo... Porque cuando eso tie por juera, ¡qué no tendrá por drento!
JEFE.—¿Cuántos vecinos tiene tu pueblo?
PEATÓN.—Doscientos treinta y siete, sin contar las caballerías ni el ganado menor.

(Sale el MOZO y se dirige al Jefe.)

MOZO.—El 705 sale ahora de Torremocha...
JEFE.—Bien.
MOZO.—Hola, señor cartero.
PEATÓN.—Güenas.
MOZO.—Que sea enhorabuena, hombre. Ya me han dicho que este año estáis preparando unas fiestas soberbias en Mendrugales...
PEATÓN.—Sí que van a ser güenas, sí...
MOZO.—Sin embargo, en eso os echan la pata los de Cascarriales...
PEATÓN.—Mira, no empieces a calentarme. ¡Los de Cascarriales! Si allí no tien gracia pa na. ¡Fiestas más aburridas que las suyas! Sin ir más lejos, si no fuera por los mozos que van de Mendrugales, no había nunca palos...
MOZO.—Desengáñate que es más pueblo que el vuestro...
PEATÓN.—¿Por qué...? Vamos a ver, ¿por qué?... Si no tie punto de comparación un lugar con otro... ¿Que allí tien dos cafés?... ¿Y qué?... De uno solo que hay en mi pueblo salen en una

noche más borrachos que de los dos de Cascarriales... ¿Que tien una Santa Gertrudis que en cuanto la sacan llueve?... Pues nosotros tenemos un San Crisanto que en cuanto le sacamos diluvia... ¿Que tien una banda de música?... La nuestra mete mucho más ruido... ¿Que ellos tien un tonto?... Tres tenemos en Mendrugales... Tres, sin contar al chico del albéitar, que en cuanto nos parezca le hacemos tonto también... Y de lujo y de señorío ¿pa qué hablar?... Ahí está el hijo del médico, que lleva pantalones remangaos, aunque no llueva, y gabán con cincha...

JEFE.—¡Caramba!

PEATÓN.—Y a mi mujer que lleva medias color de carne...

MOZO.—Pero si las lleva coloradas, hombre...

PEATÓN.—De carne con sarampión... ¡Y dejarme en paz que no tengo ganas de discutir!... ¡Cascarriales, Cascarriales!... ¡Qué asco de Cascarriales!...

(*Por la puerta de salida salen PAZ, ROSO y BUENAVENTURA. Tres honrados vecinos de Cascarriales. Ella representa tener unos cincuenta años; Roso, sobre poco más o menos, la misma edad de ella, y Buenaventura unos veinte. Los dos primeros visten a la usanza de su pueblo. El chico, de americana, y lleva sombrero de paja sujeto siempre con el cordoncillo a la solapa. Vienen cargados de líos, sacos, gallinas, conejos, cestas. La entrada en el vagón producirá seguramente espanto a los demás viajeros.*)

PAZ.—¡Adentro, adentro... y cuidao no se os olvide nada!

ROSO.—(*A Buenaventura.*) ¡Cuidao con el sombrero, tú!

BUENAVENTURA.—No tenga usté miedo, padre, que le llevo bien sujeto...

PAZ.—(*Al Jefe.*) El tren de las doce que suele pasar por aquí a las dos, ¿a qué hora pasará hoy?

JEFE.—A las cinco...

PAZ.—Entonces llegamos a tiempo...

ROSO.—¡Ya te lo decía yo!

PAZ.—Güeno, ¿y qué?... Que tenemos que esperar un poquito, ¿y qué?... Ya sabes que a mí me gusta llegar pronto a todas partes...

ROSO.—Vamos a contar otra vez los bultos a ver si nos hemos dejao alguno en el carro...

PAZ.—A ver, a ver... (*Pasando la vista por todos ellos.*) Las dos gallinas, los tres conejos, los pichones, la liebre, el cesto de la merienda, el saco de la merienda, el saco de la ropa, el manojo de espárragos, el cajón de los huevos y los quesos...

JEFE.—¿No llevan ustedes más que eso...?

PAZ.—Nada más. Como no tenemos más que una hija en Madrid, pues con poca cosa cumplimos... ¡Ay, voy a sentarme que estoy que no sé dónde tengo los pies!... (*Se sienta en uno de los bancos.*)

Roso.—Ni yo los quesos... (*Mirando el bulto.*) ¡Ah sí, aquí están!... (*Se sienta también y lo mismo hace Buenaventura. Este se quita el sombrero, pero sin soltarle la cinta que le sujeta a la solapa.*)

(*Por la salida sale CAYETANO. Otro paleto. En la mano trae un látigo.*)

Cayetano.—¿Me mandan ustés algo más?...

Paz.—Nada, hombre, nada. Ya puedes volverte al pueblo... Y a ver cómo me cuidáis la casa mientras yo esté fuera... La Pepa, que me friegue bien el suelo tos los días y que me lave a los chicos tos los domingos... ¡Que ya sabe que yo soy muy arerglada y me gusta mucho la limpieza!...

Cayetano.—Güeno, pues que lleven ustés feliz viaje y que encuentren bien a la Paula...

Roso.—¡Pobre hija mía!... ¿Quién me lo había de decir a mí y quién se lo había de decir a ella?... En burro salió del pueblo ya va pa quince años y hoy tie un automóvil de 40 caballos...

Paz.—Mia si ha ganao en caballerías...

Roso.—Y to gracias a su cara y a su talento; pero honradamente, muy honradamente. Que en eso se parece a mí, y a mi hermana, y a toa la familia, que ninguna ha tenido más de un chico antes de casarse...

Paz.—Y a mi hermana Dorotea, que si no se casó fué porque no quiso..., que güenas proporciones la salieron cuando se colocó de ama de cría en Madrid...

Cayetano.—Güeno, pues hasta la vuelta y recuerdos a la Paula...

Roso.—Hasta pronto, porque no queremos abusar y sólo nos estaremos en Madrid tres o cuatro meses...

Cayetano.—Adiós... (*Vase por la salida.*)

Peatón.—(*Acercándose a ellos.*) ¿Con que a Madrid, eh?

Roso.—¡Anda, pero si es el tío Valija!

Buenaventura.—El peatón de Mendrugales...

Paz.—A Madrid, tío Valija, a Madrid...

Peatón.—¿De compras?

Paz.—¡Qué de compras!...

Buenaventura.—En viaje de recreo. (*Se levanta del banco, y como no se acuerda del sombrero, lo arrastra tras de sí con el cordoncillo. Lo coge y se le vuelve a poner.*) ¡Ah, mi sombrero!... ¡Cuidao que está bien traído esto del cordel pa que no se lo deje uno en ninguna parte!

Roso.—¿A que no sabe usté a quién vamos a ver en Madrid?... ¿A que no lo adivina usté por muy peatón que sea?

Peatón.—¡Qué sé yo!

PAZ.—A la Paula.
PEATÓN.—¿A la Paula?
ROSO.—Sí, hombre, sí... A esa hija que Dios me dió y esta me echó al mundo.
PAZ.—A Paulita... ¡Hija de mi vida!...
PEATÓN.—No la recuerdo...
PAZ.—Porque hace mucho tiempo que falta del pueblo y hemos estao sin saber de ella más de diez años....
ROSO.—Se marchó a servir y al poco tiempo dejamos de tener noticias suyas. Diez y ocho años tenía entonces. ¡Una niña!
PAZ.—Viendo que no parecía por ninguna parte la lloramos ya por muerta.
ROSO.—¡Como que en Madrid en cuanto desaparece una niña, cualquiera la encuentra!
PAZ.—Y así hemos vivido diez años, rezándola yo todas las noches un padrenuestro, una salve, un credo y las catorce obras de misericordia, hasta que hace tres días tuvimos carta suya...
PEATÓN.—¿Es posible?
ROSO.—Una carta y un giro de 200 pesetas...
BUENAVENTURA.—Un giro que ríase usté de tos los de los bailes...
PEATÓN.—¿Y qué les decía a ustés?...
PAZ.—Nos pedía perdón por no habernos escrito en tanto tiempo... ¡Hija mía, de to corazón la perdono!
BUENAVENTURA.—¡Toma y yo!
ROSO.—Una carta pero que muy bien puesta... Nos dice que se ha dedicao al teatro, que es una cupletista famosa ya, que gana to el dinero que quiere, que los empresarios se la disputan, que los periodistas la miman, que vive en la calle de un tal Velázquez en un cuarto con ascensor, teléfono, baño, gas, luz, calefacción y aparato de radiotelefonía...
PAZ.—Y que tie una hija de diez años...
ROSO.—¡Mire usté si ha llegao a hacerse con cosas en poco tiempo!
PEATÓN.—¡Vaya una sorpresa!...
PAZ.—Pa sorpresa la que va a llevarse cuando nos vea entrar en su casa, porque ella no se espera que nosotros nos presentemos allí de sopetón.
ROSO.—Y más cuando lo primero que nos dice es que no vayamos de ninguna manera...
PAZ.—No quiere que nos molestemos. ¡Pobre hija mía!...
BUENAVENTURA.—¡Como que no iba yo a ir a ver a mi hermana y a ver Madrid!...
PAZ.—Lo único que me molesta es que se haiga cambiao el nombre...
ROSO.—El nombre y el apellido...

PEATÓN.—¿Cómo se pone?...

ROSO.—Pues se pone Linda de Francia...

PAZ.—¡Ya ve usté!... ¡Si siquiera se hubiera puesto Linda de Cascarriales que es su pueblo!

ROSO.—O su apellido, señor, que es lo suyo: la bella Gutiérrez...

PAZ.—Mia tú que Linda de Francia...

JEFE.—(*Que se ha acercado a ellos hace poco y oye las últimas frases.*) ¿Pero Linda de Francia es hija de ustedes?...

PAZ.—Pa servirle..., con permiso suyo.

ROSO.—¿La conoce usted acaso?...

JEFE.—Yo no; pero sé que es una cupletista de lo mejorcito que hay ahora... Es un *as*, un *as*...

ROSO.—¿Qué dice usté que es?

JEFE.—Un *as*.

PAZ.—¡Ya ves tú, y nosotros que nos temíamos que fuese otra cosa!... ¡Y no un *as* precisamente!...

JEFE.—Casualmente, aquí en el *Mundo Gráfico* viene su retrato. (*Saca el periódico y se lo muestra a Paz y a Roso, que se lo arrebatan materialmente de las manos.*)

ROSO.—A ver...

PAZ.—A ver... (*Lo mira y empieza a besarlo.*) ¡Hija de mi vida!... ¡Mi niña!... ¡Mi Paulita!...

BUENAVENTURA.—Déjemela usted ver, madre...

PAZ.—(*Mostrándole el periódico.*) Mira, mira a tu hermana. (*Lo vuelve a contemplar ella también; pero poco a poco va frunciendo el ceño.*)

ROSO.—¡Qué guapa está! ¡Y qué calor debe hacer en Madrid, porque mira que la ropita que se ha puesto!...

PAZ.—(*Con profundo disgusto.*) No, no... Esta se parece a mi hija; pero no es posible que sea mi hija... ¿Cómo se iba ella a haber retratao así?... Enseñando... ¡enseñando las vacunas!...

ROSO.—(*Muy contento.*) Sí, sí es ella..; ¡se paece en todo a ti!...

PAZ.—(*Con amargura.*) ¡A mí cuando la estaba criando!...

JEFE.—(*Comprendiendo.*) No les choque a ustedes. El escote... No tienen más remedio que usarlo así... Les obliga su arte...

PAZ.—Ah, pues yo la diré que eso no puede ser, que no está decente... Y si quiere escotarse, que se ponga, por lo menos, un cubrecorsé... ¡Ay, qué falta estoy haciendo yo en Madrid!...

ROSO.—¡Y yo!

BUENAVENTURA.—¡Pues anda que yo!...

PAZ.—Y luego dicen que la educación de la cuna es la que queda siempre... y que hace mucho lo que ven los hijos en sus padres; pues ya ve usté: de sobra sabe mi hija que su madre en todo tiempo gasta tres refajos...

ROSO.—¡Como que la llaman en el pueblo la alcachofa!... ¡Tó se vuelven capas!...

PAZ.—¿Yo escotarme?... En jamás. La garganta no la tie que ver más que el médico, cuando se tien *inginias*... ¡Y pa eso por drento!... ¿Y los brazos al aire?... ¡Una mujer decente no se debe arremangar más que pa fregar, pa lavar y pa pegar al marido!

ROSO.—Güeno, mujer, no te acalores, que la cosa no es pa tanto... Donde fueres, haz lo que vieres; y en Madrid se visten de distinta manera a como se visten en un pueblo... Hay que seguir las modas... ¡A ver si te crees tú que allí se llevan los moños como ese que tú llevas, que paece totalmente una ensaimada!...

PAZ.—¡Pues con moño de ensaimada me verás toa la vida, que yo soy mujer muy apegá a lo mío!... No soy como tú, que así le estás educando a tu hijo... ¡Mirarle!... Con sombrero de paja tos los domingos y fiestas de guardar...

BUENAVENTURA.—¡También usté!... A la juventud hay que darle lo suyo...

PAZ.—Y lo tuyo es paja, ¿verdá?... En lo que va de temporá ya se ha comprao dos...

BUENAVENTURA.—¿Qué culpa tengo yo de que el otro se me lo comiera el burro?...

PAZ.—En fin, no quiero discutir más, que luego me arrebolo y me salen granos. En cuanto lleguemos a Madrid, yo sabré lo que le tengo que decir a mi hija... (*Al Jefe.*) ¿Despacha usté ya los billetes?

JEFE.—Cuando usté quiera...

PAZ.—Güeno, pues con toa confianza, y sin compromiso, ¿podrá ir el chico con medio billetes?

JEFE.—No, señora. De ninguna manera...

ROSO.—¡Pero si se pue encoger to lo que convenga y no ocupa más que medio asiento!...

JEFE.—Aunque así sea.

PAZ.—Güeno, güeno. Entonces deme usté tres pa Madrid.

JEFE.—En seguida. (*Entra al despacho de jefe.*)

PAZ.—(*A Buenaventura.*) ¿Ves, ves?... Por no hacer caso a tu madre... Si no te traes ese sombrero tan de hombre, pasas como que ties menos años...

ROSO.—Si es por eso, haberle traído con chichonera...

JEFE.—(*Sale y se acerca a ellos.*) Ahí van. (*Entregándole tres billetes.*) Tres terceras para Madrid...

PAZ.—¿Cuánto es?

JEFE.—Veintiuna pesetas con quince céntimos...

BUENAVENTURA.—¡Vamos, que ya será algo menos, hombre!... Tenga usté en cuenta que vamos tres, y que el gasto del tren ya lo tièn ustés hecho...

PAZ.—Cállate, chico, que aquí no se regatea... Usté disimule; pero aunque le ve usté tan pollo, el pobre es *paleto*. Veintiuna con quince... (*A Roso.*) Tú, saca una peseta. (*A Buenaventura.*) Y tú saca quince céntimos... (*Se levanta ella uno o dos de los refajos y de una faltriquera saca un pañuelo, en una de cuyas puntas, anudada, lleva varios duros. Roso, de la faja, se saca otro pañuelo igualmente anudado, y Buenaventura otro del pecho, teniendo que desabrocharse el chaleco y la camisa.*)

ROSO.—Hay que tomar estas precauciones porque en Madrid hay muchos rateros.

PAZ.—(*Entregando al Jefe todo el dinero que recoge de un pañuelo, y de Roso y de Buenaventura.*) Ahí va, señó. Veintiuna con quince...

JEFE.—(*Mirando y remirando uno de los duros.*) Este duro, este duro...

PAZ.—¿Qué le pasa a ese duro?...

JEFE.—Que tiene muy mala cara...

ROSO.—¡Qué cara va a tener el pobre con lo que habrá sudao entre tantos refajos!...

JEFE.—Es sevillano...

PAZ.—Entonces ya estará acostumbrao, porque dicen que en Sevilla hace mucho calor...

JEFE.—En fin, pasará... (*Entra en su despacho.*)

PAZ.—Muchas gracias en nombre del duro. (*Por la puerta de salida sale la tía SANTAS, cargada con varios bultos. A poco van saliendo otros viajeros.*)

SANTAS.—(*Acercándose a Paz.*) ¡Ay. señá Paz, qué carrera me han hecho ustés dar!...

ROSO.—¿Nosotros?

SANTAS.—Me han dicho que se iban ustés en el mixto y me he dicho, pues voy a ver si me quieren llevar estos encarguitos a Madrid...

ROSO.—¿Más líos?...

SANTAS.—Pero si estos no abultan na, señor Roso; si debajo del asiento van tan ricamente... En total no es más que un taleguito con nueces y castañas pa mi prima Pepa, una serita de higos pa mi cuñá la del guardia, un pucherito de arrope pa mi tía Ramona, una cesta de sequillos pa mi hermana Petra y un cordero pa mi tío el cura...

ROSO.—¿Na más?...

PAZ.—Desde luego, mujer, desde luego..., to se llevará...

ROSO.—¡Y ya es bastante!

SANTAS.—¿Qué es, que llevan ustés muchos líos?

Roso.—¿Que si llevamos?... ¡Mira, vamos de bultos como para que nos sajen!... ¡No te digo más!...

(*Comienza a oírse el ruido del tren que se acerca.*)

Jefe.—Ya está ahí el tren...

Roso.—Andando, andando. (*Precipitadamente cogen sus líos los tres paletos y abrazan a Santas.*)

Paz.—Adiós, Santas...

Santas.—Que les vaya a ustés bien...

Buenaventura.—Recuerdos a sus hijos...

Roso.—Y un beso a tu marido...

Jefe.—(*Metiéndoles prisa.*) Vamos, vamos, que voy a dar la salida...

Mozo.—(*Tocando la campana.*) ¡Señores viajeros, al tren!...

(*Vuelven a salir, precipitadamente, PAZ, ROSO y BUENAVENTURA, a recoger varios bultos que se han dejado olvidados.*)

Paz.—¡La sera de higos!

Roso.—¡Los quesos!

Buenaventura.—¡La leche!

(*Oyese el sonido del tren que se pone en marcha.*)

Jefe.—¡Que se va el tren!

Mozo.—¡Que se quedan ustedes en tierra!

(*Echan a correr los tres paletos en busca del tren. Buenaventura cae al suelo.*)

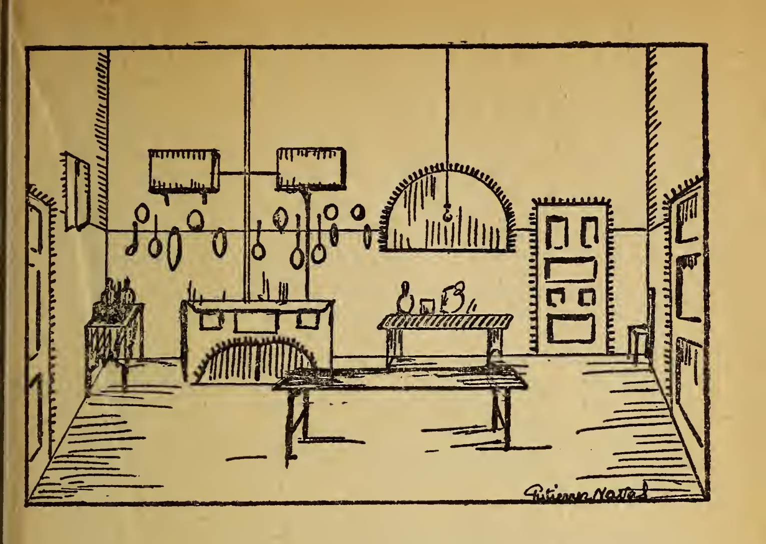
Roso.—¡Eh, que paren!

Paz.—¡Que paren!

Buenaventura.—¡Que paren!

(*Gran animación y telón rápido.*)

MUTACION



CUADRO SEGUNDO

Cocina en casa de Linda de Francia. Cocina de casa rica. A foro derecha el fogón, de hierro, con aparato termo-sifón. A izquierda, la puerta de la despensa. En la lateral izquierda, puerta que da a la escalera interior, y en la de la derecha otra de comunicación con el resto de la casa. Una mesa en primer término derecha, fregadero donde convenga, sillas, etc. Es de noche.

(Al levantarse el telón aparece en escena REMIGIA, colocando en una fuente unos pollos que acaba de retirar de la lumbre. Remigia es una cocinera joven y bonita. A poco suena el timbre.)

REMIGIA.—*(Yendo hacia la puerta de la lateral izquierda.)* Va... va... *(Abre y entran MATIAS y FROILAN. El primero es soldado de Artillería; el segundo, de Caballería.)* ¿Pero qué es eso?... *(Bajando la voz.)* ¿Cómo os habéis atrevido a subir ahora?

FROILAN.—¿No nos dijisteis la Patro y tú que yo y este podíamos venir esta noche y que nos comeríamos aquí los cuatro los restos del banquete que da tu señora?

REMIGIA.—Pero os dijimos que vinierais después de las nueve. No ahora... Todavía no se ha ido la señorita al teatro... Todavía no han terminado de cenar... Largo de aquí... Subir luego, cuando la veáis salir.

MATIAS.—Al momento salgo yo ahora, después de la bronca que hemos tenido con el portero pa que nos dejase subir... Que no, hija, que no...

REMIGIA.—Que os vayáis digo.

FROILAN.—Vamos, no seas así... ¿Qué más te da?... Aquí no ha de entrar la señora..., y en último caso, si sale, nos escondes y en paz... Eso hace una novia que tiene la suerte de tener un novio de Caballería.

REMIGIA.—Pero si es que...

(*Por la derecha sale PETRA, una doncellita que da la hora.*)

PETRA.—¡Válgame Dios!... ¿Pero qué hacéis aquí?

MATIAS.—Aguardándote, princesa de Asturias.

PETRA.—(*Muy azorada.*) ¡Pronto, marchaos, que la señora viene! (*Queda en la puerta observando.*)

REMIGIA.—Sí, ios... (*Les abre la puerta de la escalera; ellos se dirigen a la de la despensa y allí se meten.*)

FROILAN.—Mejor estamos aquí. (*Cierran la puerta.*)

REMIGIA.—Pero... (*Va hacia la despensa.*)

PETRA.—(*Imponiendo silencio a su compañera.*) Chist. La señorita, la señorita.

(*Por la derecha sale LINDA. Es una real moza. Viste con extraordinario lujo.*)

LINDA.—Remigia...

REMIGIA.—Mande la señora...

LINDA.—Ten preparado el café para servirlo en seguida. (*Mirando su reloj pulsera.*) Apenas voy a tener tiempo. A las once en punto tengo que estar en el teatro.

REMIGIA.—(*Muy nerviosa.*) Sí, sí...

LINDA.—Te has lucido con el menú. Mis convidados están encantados.

REMIGIA.—Sí que me he lucido, sí, señorita...

LINDA.—(*Mirando la fuente.*) ¿Pero estos pollos vas a servirlos así?... Necésitan de algún adorno. ¿No me dijiste que eran capones con guarniciones de galantina?

REMIGIA.—Sí, sí, señorita.

LINDA.—¿Y dónde están?

REMIGIA.—Pues... las guarniciones están ahí en la despensa... Ahora las pondré... Váyase usté descuidada.

LINDA.—Pues daos prisa, ¿eh?

REMIGIA.—Sí, sí... (*Medio mutis de Linda.*)

LINDA.—¿Quién ha venido antes?

REMIGIA.—Unos que se han equivocado de piso. (*Vase Linda por la derecha.*)

PETRA.—¡Chica, qué susto!

REMIGIA.—¡No me digas nada, mujer!... ¡Mira cómo se me ha puesto la carne! ¡De gallina!

FROILAN.—(*Saliendo de la despensa con Matías.*) ¿De gallina? ¡Pues cuidao con los pollos, tú!

REMIGIA.—Calla, calla, que me estáis haciendo pasar un ratito... (*Acaba de arreglar la fuente.*)

MATIAS.—¡Qué guapa estás, Petra!

PETRA.—¿De verdad que te gusto?

MATIAS.—Más que esos pollos, que ya es gustar...

PETRA.—¡Vaya una comparación!

MATIAS.—Pues no creas, que también tienen una pechuga...

REMIGIA.—(*Dando la fuente ya arreglada a Petra.*) Toma, llévatelo.

PETRA.—No hagáis ruido, ¿eh? (*Vase por la derecha.*)

MATIAS.—(*Mirándola marchar.*) ¡Vaya unos andares!... ¡Vaya un cuerpo de casa!

FROILAN.—(*Aludiendo a su novia.*) ¿Pues y esto? Esto es lo más bonito que hay en el servicio domesticao... Esta mujer sí que está pidiendo a voces una guarnición de galantina...., pa que yo me la coma.

MATIAS.—Tú, no os pongáis tiernos.

FROILAN.—(*Abrazando a Remigia.*) ¿Tierna esta? Vamos, calla. ¡Si es piedra berroqueña!

REMIGIA.—(*Retirándole con suavidad.*) Quita, pelmazo. (*Suena el timbre de la puerta.*) Adiós. ¿Quién será a estas horas? (*Mira por la mirilla.*) ¿Quién?

PAZ.—(*Dentro.*) Ave María Purísima.

ROSO.—(*Dentro.*) Sin pecado concebida.

FROILAN.—¡Rediez! Curas.

REMEDIOS.—Unos *grullos*. Deben venir equivocaos. (*Sin abrir.*) ¿Qué quieren?

PAZ.—(*Dentro.*) Entrar.

REMEDIOS.—Pero, ¿por quién preguntan?

ROSO.—(*Dentro.*) Toavía no hemos preguntao por nadie.

REMEDIOS.—¿A quién buscan?

PAZ.—(*Dentro.*) ¿No vive aquí Paulita?

REMEDIOS.—¿Quién?

ROSO.—(*Dentro.*) Linda de Francia.

REMEDIOS.—Sí. ¿Qué desean?

PAZ.—(*Dentro.*) ¿Y a usté qué le importa? ¡Ya me va a mí cargando tantas preguntas!

ROSO.—(*Dentro.*) Vamos, abra ya.

REMEDIOS.—(*Separándose de la mirilla.*) A estos les ahueco yo en seguida. Escondeos por si acaso...

MATIAS.—¿Otra vez a la despensa?

REMEDIOS.—Cuestión de cinco minutos.

FROILAN.—Cuidao con los catetos, tú. Que parecen tontos, pero se aprovechan. (*Entran Matías y Froilán en la despensa y Remigia abre la puerta de la escalera por donde entran PAZ, ROSO y BUENAVENTURA, con sus correspondientes bultos.*)

PAZ.—Adentro, adentro.

REMEDIOS.—Bueno; ustedes dirán qué es lo que quieren...

PAZ.—Pase usté recao a Linda o a Paula, o a como la llamen ustés, y dígale..., dígale... (*A Roso.*) ¿Cómo le diremos que hemos venido sin decírselo claramente?

ROSO.—Dígale usté que ha llegao el corto de Cascarriales.

BUENAVENTURA.—(*Aludiendo a los líos.*) ¡Y que ha venío lleno!

REMEDIOS.—A la señorita no se la puede ver ahora.

PAZ.—¿Cómo que no?

REMEDIOS.—Está cenando; tiene convidados y...

PAZ.—¿Tiene convidados?

REMEDIOS.—Sí.

PAZ.—(*A Roso.*) Llegamos a tiempo, chicos. (*A Remigia.*) Ponga usté tres cubiertos más.

BUENAVENTURA.—Yo como aunque sea sin cubierto. ¡Qué más da!...

REMEDIOS.—Pero....

PAZ.—¿Por dónde se va al comedor?

REMEDIOS.—(*Deteniéndola.*) No, no. No pueden ustedes pasar. Tengo orden de que no pase nadie.

PAZ.—¿Que no pase nadie? ¿Está cerca el comedor?

REMEDIOS.—Al final de ese pasillo; pero....

PAZ.—Pues verá usté qué pronto sale. (*Comienza a dar unas voces estentóreas.*) ¡Paula, Paulita!

ROSO.—(*Imitándola.*) ¡Paula!

BUENAVENTURA.—(*Idem.*) Paula.

REMEDIOS.—Pero callen ustedes. ¿Qué escándalo es ese?

PAZ.—(*Dándole un empellón.*) Usté a sus guisos. ¡Paula!

REMEDIOS.—Pero...

ROSO.—(*Retirándola igualmente.*) Cocinera, a tus cacerolas.

LOS TRES.—(*A gritos.*) ¡Paula. Paula, Paula!

(*Por la puerta de la derecha sale LINDA seguida de PETRA.*)

PAZ.—(*Arrojándose a los brazos de Linda al verla.*) ¡Hija de mi alma!... ¡Hija mía!

LINDA.—(*Muy sorprendida.*) Pero... (*Besándola.*) ¡Madre! ¡Madre!

ROSO.—(*Abrazándola también.*) ¡Hija de mi corazón!

BUENAVENTURA.—(*Abrazándola igualmente.*) ¡Hermana de mis entrañas!

PAZ.—(*Sin dejar de abrazarla.*) Creí que ya no te volvía a ver más; creí que te había perdido para siempre. (*A Roso.*) Sí, Roso, sí: Es mi hija, mi hija, a pesar de este perfume que casi me hace estornudar, y de este traje... que tiene tan poca tela. (*La besa nuevamente.*)

BUENAVENTURA.—¿Cómo quiere usté que esté vestida, madre? Estaba cenando... Eso será un salto de mesa, ¿verdad?

LINDA.—Pero, madre, padre, hermano... ¿Cómo han venido ustedes?

ROSO.—En tercera; pero muy ricamente.

PAZ.—A verte. Desde que recibimos tu carta, mi único pío era correr a tu lado.

ROSO.—Y mi pío también...

BUENAVENTURA.—¡Pues, yo, como creí que no me iban a dejar, ni pío!...

PAZ.—Ingrata, ingrata... Diez años sin acordarte de tus padres, sin acordarte de los que te dieron el ser...

ROSO.—El ser tan guapa como eres...

BUENAVENTURA.—¡Como que no puede negar que semos hermanos!...

LINDA.—Tienen ustedes razón... ¡Diez años!... ¡Pero si ustedes supieran las cosas que me han pasado en ese tiempo!... ¡Ay, madre, he sido mala, muy mala...!

ROSO. — (*Dándole un azotito cariñoso.*) ¡Pues ahora estás güena!...

LINDA.—Muy mala con ustedes... ¡Pero no les olvidé nunca!... ¡Nunca!... ¡Mi madre, mi madrecita buena!... (*La abraza.*) ¡Mi padre tan trabajador siempre!... (*Le abraza.*)

ROSO.—Siempre que hay trabajo y ganas de trabajar...

LINDA.—Mi hermano, al que dejé dormidito en su cuna...

BUENAVENTURA.—¡Me desperté en seguida, no te apures!...

LINDA.—Y no bien reciben mi carta se ponen en camino y vienen a ver a su hija.

PAZ.—A la hija *pódriga*, como nos dijo ayer el señor cura...

LINDA.—¿Cómo podré pagarles?...

BUENAVENTURA.—¿El viaje?... ¡No vale la pena!... Son veintiuna con quince...

PAZ.—(*A Remigia.*) ¿Ve usté cómo sabía yo que iba a salir en cuanto me oyera?... ¡Si soy su madre!

REMIGIA.—Por muchos años, señora...

PAZ.—Por lo menos desde que nació hasta ahora.

ROSO.—Pero, anda, cuéntanos, cuéntanos, ¿qué ha sido de ti en tanto tiempo?... ¿Cómo has llegao a reunir lo suficiente pa llevar

esas alhajas?, ¡que hay que ver qué alhajas!, y pa vivir en esta casa, ¡que hay que ver qué casa!... Y pa tener unas criadas como éstas... ¡que hay que ver qué criadas!...

LINDA.—Mucho, mucho les tengo que contar a ustedes... y se lo contaré, ya lo creo; pero no ahora...

PAZ.—¿Por qué no?

LINDA.—Es porque allá en el comedor, tengo unos invitados, ¿saben ustedes?, personas de mucho cumplido, y no puedo dejarles solos mucho tiempo...

PAZ.—Pues, vamos allá, mujer... Por nosotros, no les dejes...

LINDA.—No, no... Además, es ya tarde y tengo que ir a mi trabajo... A las diez he de estar en el teatro y son ya las nueve y media... (*A Petra.*) Tú, prepárame la salida de teatro...

PETRA.—¿Cuál, señorita?...

LINDA.—La de damasco... O si no, la de seda... Y eso que hará frío... Sácame la de terciopelo y piel de armiño... (*Vase Petra por la derecha.*)

BUENAVENTURA.—(*Entusiasmado.*) ¡Cuántas salidas tiene!...

PAZ.—¿Qué la has dicho que te saque?...

LINDA.—Un abrigo... La salida de teatro...

ROSO.—¿Y para la entrada, no llevas nada?... Mira que hace frío...

BUENAVENTURA.—Sí, sí... Aquí, en Madrid, se nota la marea del río Manzanares que es un gusto...

ROSO.—Pero, güeno, antes de irte, preséntame a tu marido y a tu chica... Que salga esa tunilla a ver a sus agüelos, que se la quieren comer a besos...

LINDA.—(*Contestando con cierto embarazo.*) ¿Mi niña?... Pues mi hija no vive conmigo...

PAZ.—¿Cómo?... ¿Pues dónde está?

LINDA.—En un colegio. La tengo interna en las Adoratrices de la Santa Cruz... ¡Oh, un gran colegio, no vaya usted a creerse!... ¡Las educan muy bien!... Y yo voy a verla todos los domingos... Y ella viene a casa una vez al mes...

PAZ.—(*Torciendo el gesto.*) No me gusta eso, no me gusta...

LINDA.—¡Oh, no me es posible tenerla siempre a mi lado!... ¡Con lo que es mi vida!... Hoy estoy aquí, mañana en Burgos, dentro de quince días en San Sebastián, luego en otro sitio y en seguida en otro, y en otro...

BUENAVENTURA.—¿Tendrás kilométrico, verdad?...

PAZ.—Pues si tú no puedes cuidar de ella, como debieras, pa eso está su padre... ¿O es que tu marido está conforme con eso de las Adoratrices?

LINDA.—¡Mi marido!... Mañana hablaremos, madre... Mañana hablaremos...

PAZ.—¿Qué es eso?... Espera... ¿Qué quieres decir?... ¿Es que tu esposo y tú no os lleváis bien?... ¿Es que no vivís juntos?.

ROSO.—¿Le ties también en las Adoratrices?...

LINDA.—(*Contestando a la fuerza.*) Es que... no tengo esposo... Es que no lo he tenido nunca...

PAZ.—¡Paula!

LINDA.—Mi hija no tiene padre... ¿Usted me entiende?...

BUENAVENTURA.—Yo sí. Que has tenido una hija huérfana...

LINDA.—En fin, mañana les explicaré a ustedes esa y otras muchas cosas...

PAZ.—Sí, Paula, mañana hablaremos... ¡y mucho!... Ya lo creo... ¡Y mucho!... Que no es tu madre mujer que pueda callarse al oír... lo que ha tenido que oír esta noche...

LINDA.—¡Madre!

ROSO.—Y al ver lo que nos figuramos que tendremos que ver mañana...

LINDA.—(*Procurando cambiar de conversación.*) Las chicas les prepararán a ustedes las camas, y como no habrán ustedes cenado que les hagan una buena cena... Y adiós... ¡Que ustedes descansen!... Yo me retiro tarde... Ya estarán dormidos cuando yo vuelva... Adiós, madre... (*La besa y lo mismo a Roso y a Buenaventura.*)

ROSO.—Adiós, hija.

LINDA.—Adiós, Buenaventura... No se molesten ustedes..., no salgan...

PAZ.—(*Entendiendo que Linda no quiere que la acompañen.*) Vete tranquila, hija, que no saldremos de aquí... ¡De la cocina! (*Vase Linda.*) ¡Ay, cuánto me acuerdo ahora de mi cocina del pueblo!... (*Con amargura.*)

ROSO.—Y yo... (*Sin poder disimular su tristeza.*) Allí, al amor de la lumbre, es uno feliz no sabiendo na de na... ¡Y ojos que no ven!... (*Acercándose cariñosamente a Paz.*) ¿Qué te pasa, vieja?... ¿Lloras?

PAZ.—No. Es un carboncillo de la máquina que me se metió en el ojo cuando me asomé a la ventanilla...

ROSO.—¡Pues otro carboncillo se me ha metido también a mí!...

PAZ.—El mío ha entrao muy drento...

ROSO.—El mío hasta el alma... ¡Por eso, bien dicen que hay que ponerse gafas ahumadas!...

PAZ.—Y voy viendo que cuanto más ahumadas, mejor...

(*Por la derecha sale PETRA.*)

PETRA.—Ya se fué la señora...

REMIGIA.—A ver cómo sacamos a esos, tú...

PETRA.—En seguida, ya lo verás. (*Acercándose a ellos.*) Pasen ustés al comedor y al momento les sirvo la cena...

PAZ.—No, hija... Aquí, en la cocina... El comedor es muy fino pa estos pobres paletos... Eso se queda pa los invitados de mucho cumplido... Nosotros somos de confianza... (*Sin poder contener el llanto.*) ¡Maldita sea!... ¡De mucha confianza!...

PETRA.—Bueno, pues les daré la cena y en seguida se acuestan...

PAZ.—Se acuestan ustés, que yo no tengo sueño... En esta silla me parece que me voy a pasar toda la noche...

REMIGIA.—¡Pues sí que se nos presenta un porvenir, chica!...

PETRA.—Tomarán ustés primero un consomé, luego salmón y luego pollo.

BUENAVENTURA.—¿Qué nos va a dar primero?

PETRA.—Un consomé... Una sopa...

BUENAVENTURA.—Güeno, pues a mí me pone usté un consomé de ajo que me gusta mucho...

REMIGIA.—Pon la mesa, tú...

PETRA.—Pero que en un vuelo... (*Coloca en la mesa un mantel, platos, cubiertos y vasos.*)

PAZ.—(*Como si hablase consigo misma.*) ¡Que no, hombre, que no!... Que yo no sigo así... que yo no paro hasta saber toa la verdá... y he de saberla esta misma noche... (*Levantándose.*) ¡Vaya, no aguanto más!

ROSO.—¡Paz!

BUENAVENTURA.—¡Madre!...

REMIGIA.—Pero, ¿qué pasa?

PETRA.—¿Qué la ocurre a usted?

PAZ.—Escuchen ustés... Ustés parecen buenas chicas y van a contestarme a todo cuanto yo les pregunte...

PETRA.—¿Nosotras?...

PAZ.—Bien entendido que de lo que me digan yo no le contaré a mi hija ni una palabra...

REMIGIA.—Es que...

PAZ.—Pueden ustés estar seguras de que, pase lo que pase, yo no les he de descubrir a ustés, de que guardaré el secreto...

(*Al oír estas palabras salen de la despensa Matías y Froilán.*)

FROILAN.—Pues si va a guardarnos el secreto, ¿pa qué vamos a estar más tiempo en la despensa?

(*Asombro grande de los tres paletos al aparecer los soldados.*)

PAZ.—¿Eh?...

ROSO.—¡Caray!

BUENAVENTURA.—¡La parada!...

PETRA.—(*Queriendo disculparse.*) Son primos nuestros, ¿saben ustedes?..., y han venido a vernos, ¿saben ustedes?

PAZ.—¿Y les reciben ustés en la despensa?... ¡No está mal!

PETRA.—¿Es que no creen ustedes que somos primos?...

PAZ.—Ustés son las que creen que nosotros somos los primos... En fin. vayan ustés con Dios, que no hemos visto nada...

FROILAN.—Muchas gracias, y usté disimule...

ROSO.—Los que tienen que disimular más son ustedes...

MATIAS.—Adiós, muy buenas...

ROSO.—Andando, que aquí ya han tocao retreta...

FROILAN.—Lo malo es que no han tocao a rancho... (*Vanse por la puerta de la escalera Froilán y Matías.*)

PAZ.—Güeno, yo de esto que acabo de ver, no sé nada; pero de lo que les voy a preguntar a ustés, quiero saberlo todo...

PETRA.—¿Y qué es lo quiere usted saber?...

PAZ.—Se trata de mi hija...

PETRA.—¡Ay, señora, a nosotras no nos meta usté en líos... que esta y yo somos poco amigas de jaleos y de belenes!

PAZ.—(*Señalando a la despensa.*) ¡Ya lo he visto, ya!...

PETRA.—Nosotras sabemos lo que sabe todo el mundo, lo que se dice...

ROSO.—¿Y qué se dice?

PETRA.—Pues que la señorita tuvo primeramente un novio que luego la dejó...

PAZ.—El padre de mi nieta...

PETRA.—Ese. Y que ahora está muy enamoradica de un tal don Raimundo, que es un señor muy rico que bebe los vientos por ella, y que es quien la paga esta casa y quien la ha comprao los muebles.

PAZ.—(*Levantándose rápidamente.*) ¡Ya no me siento yo en ninguno!...

PETRA.—Y quien la paga las cuentas de la modista... y quien la ha regalao últimamente unos solitarios así de gordos, que valen más de cuatro mil duros...

BUENAVENTURA.—¡Atiza!...

PETRA.—Y na más. Esto es todo lo que sabemos. De lo demás, nosotras, ni una palabra... Porque, ¿sabe usted?, nosotras nos acostamos temprano...

BUENAVENTURA.—¡Pues vamos a cenar pronto para que se metan en la cama!... (*Remigia y Petra van al fogón y preparan la cena.*)

PAZ.—(*Con gran tristeza.*) ¿Tú has oído, Roso?

ROSO.—(*Idem.*) ¿Tú te has dao cuenta, Paz?

PAZ.—¿Y pa enterarme de todas estas cosas quería yo saber de mi hija?...

ROSO.—¿Y pa esto era nuestro afán de verla?...

PAZ.—¡Roso!...

ROSO.—¡Paz!...

REMIGIA.—(*Poniendo la sopera en la mesa.*) ¡Ea, a cenar!...

PAZ.—(*Con energía.*) No. Quite usté eso de ahí... Llévoselo usted...

BUENAVENTURA.—¡Pero, madre, si tie muy buena cara!...

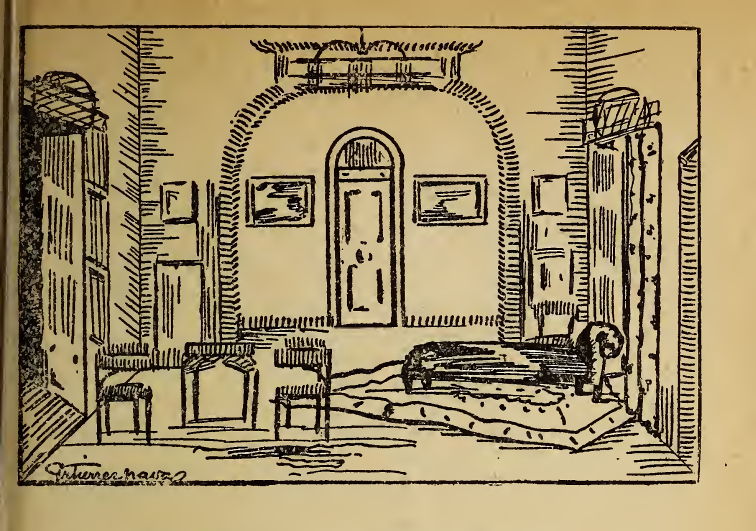
PAZ.—¡A veneno me sabría a mí esa comida! (*Saca de la cesta pan y queso. Los parte y lo distribuye entre ella, su esposo y su hijo.*) Tomad... Comeremos de lo nuestro... No será el pan tan blanco, pero está ganao muy honradamente... ¡Como se debe ganar el pan pa que le sepa a uno bien!... (*Llorando.*) ¡Ay, Roso, ¿pa qué habemos venido a Madrid?

ROSO.—(*Idem.*) ¿Pa qué habemos venido, Paz, pa que habemos venido?...

BUENAVENTURA.—(*Dando un mordisco de pan.*) ¡Sí, es verdad! ¡Pa comer pan y queso, bien estábamos en Cascarriales!... (*Telón rápido.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO





ACTO SEGUNDO

CUADRO TERCERO

Gabinete elegante y coquetonamente amueblado en casa de Linda de Francia. Habitación de reducidas dimensiones. Es de día.

(*Al comenzar el cuadro aparece en escena PETRA acabando de limpiar la habitación. Canturrea en media voz un pasadoble popular. A poco sale por la puerta del foro ROSO.*)

ROSO.—Güenos días...

PETRA.—Muy buenos. ¿Ha descansado usted?...

ROSO.—Medianejamente, no se crea usted...

PETRA.—Extrañaría usted la cama.

ROSO.—Eso es. Extrañaba la cama, porque como en el pueblo duermo en una tarima...

PETRA.—¡Qué diferencia!... ¿Eh?...

ROSO.—Mucha; pero ya ve usted lo que es el acostumbrarse. Duermo mejor allí... Se me hace duro dormir en una cama blanda...

PETRA.—¡Para todo hay gustos!... (*Se asoma al balcón a sacu-*

dir una alfombra. Al inclinarse sobre la barandilla, se le ven las piernas un poco más de lo que ella quisiera.)

ROSO.—(*Contemplando entusiasmado dichos encantos.*) ¡Caray!... ¡Esto sí que no se ve todos los días en el pueblo!... (*Muy disimuladamente se inclina para contemplarlos mejor, mientras canturrea el "Hay que ver..."*)

PETRA.—(*Dándose cuenta, se vuelve rápidamente.*) Pero ¿qué hace usted, hombre de Dios?...

ROSO.—Nada. Estaba cantando el "Hay que ver..."

PETRA.—¿Sí, eh?...

ROSO.—Lo tocamos mucho los de la banda de Cascarriales...

PETRA.—Pero ¿usted es músico?...

ROSO.—Los domingos, cuando hay paseo en la glorieta.

PETRA.—¿Y qué instrumento toca usted?

ROSO.—Según. Si llego de los primeros, cojo el que menos pesa, y si llego el último, el que me dejan...

PETRA.—¿O sea que allí el que se descuida...?

ROSO.—Tie que cargar con el bombo.

PETRA.—¿Y son ustedes muchos?

ROSO.—Veinte; pero a la vez no suelen tocar más de tres o cuatro, porque si no se arma demasiao ruido y se espantan las caballerías del pueblo de al lao...

PETRA.—¡Qué exageración!

ROSO.—(*Que no deja de mirarla por encima de la blusa, para ver lo que se pesca.*) Eso mismo estaba yo pensando: ¡¡Qué exageración!!

PETRA.—¿Y está muy lejos su pueblo de usted?

ROSO.—Pues mire usté, se va en tren hasta Alfar de la Reina, y de allí a mi pueblo hay veinte kilómetros escasos...

PETRA.—¡Caramba!...

ROSO.—Ahora, que se va en diligencia...

PETRA.—Menos mal.

ROSO.—Hay diligencia a todos los trenes. Baja por la mañana, cuando va a pasar el primero, y no se marcha hasta por la noche, cuando pasa el último... ¡Estamos muy adelantaos!... (*Por la puerta del foro sale BUENAVENTURA.*)

BUENAVENTURA.—Güenos días...

ROSO.—Hola.

BUENAVENTURA.—Hola, padre... ¿Qué tal ha dormido usté?..

ROSO.—Bien... ¡Yo solo!... ¡Sin tu madre!... Bien. ¡Lo que se dice bien!...

PETRA.—Ya le oí a usted roncar...

ROSO.—¿Que me ha oído usté roncar?...

PETRA.—Ya lo creo... ¡Y bien fuerte!...

ROSO.—¡Bah, eso no es nada!... Deje usté que vaya yo teniendo confianza... y ya me oirá usté...

BUENAVENTURA.—¿Y madre?

ROSO.—Toavía no se ha levantao... Pero ella ha sido la que no ha podido dormir en toda la noche... Ya la conoces su genio... Es un puro manojo de nervios..., y como la pobre tuvo que contenerse ayer pa no dar el espectáculo na más llegar...

PETRA.—¿Sí, eh?...

ROSO.—Pero todo el tiempo se lo ha llevao dando unos suspiros que llegaban hasta mi cama... ¡No me ha constipao de milagro!...

BUENAVENTURA.—¿A qué hora vino anoche mi hermana?

PETRA.—Vendría a la hora de siempre: a las tres o a las cuatro...

BUENAVENTURA.—¡Qué barbaridá!... ¿Eh?... A la hora en que nosotros salimos al campo en el pueblo...

PETRA.—¡Como aquí no hay campos que cuidar!...

ROSO.—Aquí tienen otra clase de labranza...

BUENAVENTURA.—Sin mulas...

ROSO.—A lo mejor les basta con un burro... Y algunas veces con un buey... lo hacen todo. (*A Petra.*) ¿Usté me entiende, verdá?...

PETRA.—Yo, no.

ROSO.—¡Pues yo me entiendo... y bailo solo!... ¡Es decir, bailo con mi mujer..., que esa sí que me entiende!...

PETRA.—Ya le dije a usted que yo "me acuesto temprano"...

ROSO.—Pero anoche soñó usté en voz alta...

PETRA.—(*Alarmada.*) A ver si ahora van ustedes a contar a la señora que nosotras dijimos...

ROSO.—¡Ni una palabra, mujer!...

PETRA.—Y de los soldados...

ROSO.—¡Ni un galón!...

(*Por la puerta del foro sale REMIGIA.*)

REMIGIA.—¿Con qué se desayunan ustedes?

ROSO.—Con mucho apetito...

REMIGIA.—¿Con café, con chocolate...?

PETRA.—Con lo que quieran... Con lo que acostumbren a desayunarse en el pueblo...

ROSO.—Con pan y cebolla...

BUENAVENTURA.—Y yo con pan y tomate...

REMIGIA.—¡Vaya un alimento!... No hay miedo de que molesten mucho a la cocinera...

PETRA.—Mejor para ti, Remigia...

BUENAVENTURA.—Hombre, ¿se llama usté Remigia?

REMIGIA.—Para servirle.

BUENAVENTURA.—¿Usté conoce a don Eloy, al médico de mi pueblo... verdad?...
REMIGIA.—A don Eloy... No recuerdo a ningún Eloy...
BUENAVENTURA.—Pues él la conoce a usté mucho. Siempre está con que si la Remigia es una cocinera...
ROSO.—¡Y que lo dice hasta cantando!
REMIGIA.—(*Tomándolo a broma.*) ¡Qué gracioso!... Esa Remigia es otra. Yo no le frío la sangre a nadie, ¿sabe usté?... Señor...
ROSO.—Roso, pa servirla...
REMIGIA.—¡Roso!... ¿Te has fijao, chica?... Hay que ver que nombrecito...
ROSO.—El que me corresponde. Nací el día de Santa Rosa la de Lima, pues Roso...
REMIGIA.—¿Ah, en su pueblo se pone siempre a los chicos el nombre del santo del día?
ROSO.—Siempre, no, porque a veces no es posible. ¡Ya ve usté, este nació el día de Santa Ana!...
REMIGIA.—Ya...
PETRA.—¿Y qué nombre le han puesto?
ROSO.—Buenaventura, por mi abuela, que echaba las cartas...

(*Por la puerta del foro sale PAZ.*)

PAZ.—Vaya, vaya, menos palique, que estáis entreteniendo a estas chicas y tienen que trabajar... ¿Verdad, hijas mías?... Porque a ustedes no les gustará estar mano sobre mano... Y si les gusta, no sirven ustedes pa criadas... Con que a la cocina...
REMIGIA.—(*A Petra.*) ¡A la cocina, tú, que lo manda la señora...!
PAZ.—(*Un poco picada.*) Señora, sí, y muy señora...
PETRA.—Pues quede con Dios la señora... (*Una reverencia exagerada de las dos criadas.*)
PAZ.—(*Remedando el saludo y sin inmutarse.*) ¡Vayan ustedes con él!...
REMIGIA.—(*A Petra.*) ¡La paleta viene mandando, tú!
PETRA.—(*A Remigia.*) No te apures. ¡Pa lo que va a durar!... (*Nueva reverencia, en broma, de las dos criadas, a la que contestan con otra los tres paletos. Vanse por la puerta del foro Petra y Remigia.*)
ROSO.—Pero, ¿qué es esto?... ¿Te levantas en "señor alcalde mayor"?
PAZ.—Me levanto después de una noche en la que mi cabeza no ha dejao de pensar ni un solo instante; de una noche en la que he llorao lágrimas muy amargas, he mordido con rabia la almohada, la sábana, la colcha y el cobertor, y he meditao qué

debo hacer ante las cosas que me he encontrao al llegar a esta casa...

Roso.—¿Y lo has meditao tirando bocaos al embozo?... ¡Pues sí que es un sistema pa que se le ocurran a uno soluciones!...

Paz.—Tú, en cambio, has podido dormir...

Roso.—Medianejamente, no creas... ¡Echaba de menos las patás que me das en cuanto coges el primer sueño!...

Paz.—Anoche pude acobardarme cuando me enteré de lo que me enteré, pero poco a poco me he ido reponiendo, y ya soy otra vez la Paz que todos conocéis...

Roso.—¡Sí, una Paz como pa no dejar nunca las armas de la mano!

Paz.—Yo pondré en orden esta casa, me cueste lo que me cueste. Yo he de enterarme quién fué el miserable que, después de engañar a mi hija, la dejó... como la dejó... Y le obligaré a que cumpla con sus deberes de padre, y arrojaré de aquí al amante de mi hija, y echaré en seguida a esas criadas que, viendo el ejemplo de su señorita, se atreven a abrir la puerta a sus novios... ¡Todo eso haré... y algo más!...

Roso.—Vamos, sí, ¡que te traes un programa de corrida extraordinaria y fuera de abono!

Paz.—Y cuando lo haya arreglao todo, me volveré a mi pueblo, muy tranquila y muy contenta... ¡Ay, Paulita, tú no sabes todavía de lo que es capaz tu madre!

(*Por la puerta del foro sale LINDA.*)

Linda.—Buenos días tengan ustedes...

Roso.—¡Tú sí que lo vas a tener excelente!

Linda.—No dirán ustedes... En atención a mis queridos huéspedes, me levanto mucho antes de lo que acostumbro... Otros días me dan las dos en la cama.

Paz.—(*Con sorna.*) ¡Mia tú por dónde hemos venido a sacarte de tus casillas!

Linda.—Si no lo hago por ustedes, ¿por quién voy a hacerlo?... Además, que para los pocos días que van a estar ustedes aquí...

Paz.—Muy pocos, hija mía... ¡No llegará a los tres meses!

Linda.—¿Cómo?

Roso.—Y si llega, de los cuatro no pasa.

Linda.—(*Muy contrariada.*) ¿De veras?... ¡Qué lástima!... Porque yo no voy a poder estar con ustedes todo ese tiempo... Porque el sábado me marcho a Barcelona. Estoy contratada por quince funciones... ¡Un gran contrato! Quinientas pesetas diarias y un beneficio. Pero les aseguro que si no estuviera ya firmado renunciaría a él sólo por no separarme de ustedes...

PAZ.—No te apures, hija... Aquí se quedarán tu padre y tu hermano, y yo me voy contigo.

LINDA.—(*Alarmada.*) ¿Usted?

PAZ.—Sí. Casualmente tengo muchas ganas de ver Barcelona.

BUENAVENTURA.—Y yo también tengo ganas, madre.

LINDA.—Pero eso no es posible...

ROSO.—¿Por qué? ¿Porque tu madre es una pobre paleta y no apareja bien contigo, que vas hecha una reina? Pues la compras un traje, aunque sea de esos que llegan por aquí, por la rodilla; la pones un sombrero, y, si te parece bien, la pintas con colorete, la das polvos de esos de olor que tú usas y la despelas las cejas...

PAZ.—Pero que yo me voy contigo a... donde sea, eso es más fijo que el reloj del Ayuntamiento de Cascarriales.

LINDA.—No puede ser, madre, no puede ser...; usted no está acostumbrada a esta vida...

PAZ.—Es que yo quiero que seas tú la que te acostumbres a la mía.

LINDA.—¿Cómo?

PAZ.—Hablemos claro, Paulita. Yo me he propuesto que vivas como Dios manda, que vuelvas al buen camino del que te has extraviao. Yo me he propuesto...

ROSO.—Ya verás, ya verás el programita que se trae...

LINDA.—Pero, madre...

PAZ.—Eso soy. Tu madre. ¿Quién es el padre de tu hija?

LINDA.—Un canalla, un mal hombre que me fingió un cariño muy grande y luego me abandonó.

PAZ.—¿Y has hecho algo por atraerle a tu lado?

LINDA.—Mucho, ya lo creo... Pero ni lágrimas ni ruegos me valieron de nada. A Alfonso Pineda, al *Niño Bonito*, no le importó haber deshojado una flor y luego tirarla en medio del camino...

PAZ.—(*A Roso.*) Apunta este dato, tú... Alfonso Pineda se llama.

ROSO.—¡Ya lo creo que lo apunto pa que no me se olvide! Alfonso Pineda: mi yerno malograo. (*Apunta el nombre en un papel.*)

LINDA.—Hice los imposibles porque reparase mi falta; pero todo fué inútil.

PAZ.—¡Qué miserable!

LINDA.—Por eso, todo el amor que le tenía se ha transformado en odio. ¡No quiero saber nada de él! ¡No quiero verlo! Hasta hace poco tiempo aun mantenía la ilusión de que su abandono sería pasajero..., pero ya la he perdido.

PAZ.—¡Claro, como que ahora ties otra!

LINDA.—¿Cuál?

ROSO.—Una ilusión con calva y bigotito blanco que viene aquí toas las tardes... ¿Crees que no lo sé?

LINDA.—¡Oh, no!... Don Raimundo es un buen amigo mío.

PAZ.—Apunta, tú... Don Raimundo.

ROSO.—(*Apuntando.*) Su amigo don Raimundo... Con dos erres... por si acaso.

LINDA.—Un amigo. Nada más que un amigo.

PAZ.—Que te paga el cuarto, que te regala alhajas, que te sostiene el auto...

ROSO.—¡Qué güenos amigos hay en Madrid!

LINDA.—Un señor que me protege...

ROSO.—¡Ya!... ¡Qué bueno!... Pero qué poco se les ocurre a esos señores proteger a una mujer de la edad de tu madre.

PAZ.—O de la cara de tu padre.

LINDA.—Ese hombre puede ser mi porvenir.

PAZ.—Pero no puede ser tu futuro, y eso es lo que yo no puedo tolerar.

LINDA.—¿Es que?

PAZ.—Y respecto a tu hija, ¿qué ties que decirme de ella?

LINDA.—De eso no hay ni que hablar. Está admirablemente. En el colegio la tratan muy bien. Todas las madres la quieren mucho.

PAZ.—Todas las madres... menos la suya. ¡La única que debía serlo de verdad!

(*Oyese la voz de PURI, que habla dentro con Petra.*)

PURI.—(*Dentro.*) ¡Deje usted, mujer! Si a mí me recibe en cualquier parte, aunque tenga visita. Yo soy de confianza.

PAZ.—¿Eh? ¿Quién viene ahora?

PURI.—(*Entrando.*) ¿A ti te parece, Linda? Ahora quería tu doncella hacerme aguardar antesala. ¡A mí!... ¡Y con la noticia que te traigo! Y a todo esto, buenos días.

PAZ.—Güenos los tenga usté.

ROSO.—(*Admirado.*) ¡Rediez, qué señora!

LINDA.—(*Apresurándose a hacer la presentación.*) Puri, mis padres y mi hermano. Mi amiga Puri. Una compañera. Trabajamos juntas en el mismo teatro.

PAZ.—Por muchos años.

PURI.—Por diez funciones na más.

ROSO.—¿Y usté cupletea o bailotea?

PURI.—Yo trabajo en los skets.

ROSO.—¡Ah, entonces sketea!

PURI.—Y al final canto flamenco. ¡Si me habrán oído ustedes nombrar. Puri la de los tientos.

PAZ.—Ah, ¿con que es usté?...

PURI.—La de los tientos, sí, señora.

PAZ.—(*Bajo a Roso.*) ¡Y lo dice ella misma! ¡Qué poca vergüenza! ¡No me gusta nada esta mujer, Roso!

ROSO.—(*Encandilándosele los ojos.*) Te diré, te diré; pa dedicarse a los tientos no está mal del todo.

PURI.—(*A Linda.*) Pero chica, yo no sabía que tú tenías padres.

PAZ.—Ah, ¿no se lo había dicho a usté? ¡No me choca!

LINDA.—(*Haciéndola señas.*) Sí, mujer, sí..., muchas veces. ¿Ya no te acuerdas?

PURI.—Y unos padres tan simpáticos y tan campechanotes.

PAZ.—¡Anda, no tie usté idea de lo *campechanota* que soy yo cuando me pongo.

PURI.—(*Se sienta en una butaca y cruzando una pierna sobre otra, deja ver espléndidas perspectivas.*) Pues su hija y yo somos dos buenas amigas; pero lo que se dice dos amigas fetén, de lo que ya no se usa. Ni ella me oculta a mí nada de lo que la pasa, ni yo tengo para ella ningún secreto.

PAZ.—(*Aludiendo a lo que enseña Puri.*) No. La verdá es que usté no debe tener secretos pa nadie.

PURI.—Soy muy franca, sí, señora.

ROSO.—(*Sin dejar de mirarla.*) Se la ve, ya lo creo que se la ve.

PURI.—(*Saca una linda petaquita y de ella extrae varios cigarrillos que ofrece.*) Toma, Linda. (*Linda lo acepta ante la sorpresa de su madre.*)

PAZ.—(*A Roso.*) ¡Pero, Paula fuma!

ROSO.—¡Este Madrid!

PURI.—(*A Paz.*) A usté no le ofrezco porque usté no fumará, ¿verdad?

PAZ.—Sí, señora, ¡en pipa!

PURI.—(*A Buenaventura.*) ¿Y el pollo?

BUENAVENTURA.—Toavía no. Soy aún muy joven.

PURI.—(*A Roso.*) Y a usted no le ofrezco porque esto será muy flojo para usted.

ROSO.—Venga, venga... Lo mezclaré con picadura de a real. (*Lo coge y se lo guarda.*)

PURI.—(*A Paz.*) A usted tal vez la extrañe esto, ¿verdad?

PAZ.—No, señora... A mí ya no me va extrañando na.

PURI.—¡Si viera usté cuánto la distrae a una mujer ver cómo suben las nubecillas de humo!...

ROSO.—Dígaselo usté a esta que se pasa las horas muertas en la cocina de nuestra casa en el pueblo.

PURI.—Cerillas... Una cerilla, por favor.

ROSO.—(*Va a buscar en sus bolsillos.*) En seguida.

PAZ.—(*Deteniendo la acción de su marido.*) Deja...Tengo yo de

las que uso pa encender la lumbre... (*Se levanta la falda y saca de la faltriquera una caja. Enciende y acerca la cerilla a Puri.*) Encienda usté...

PURI.—(*Encendiendo.*) Gracias...

PAZ.—(*Va con la misma cerilla hacia su hija.*) Y ahora, enciende tú... (*Va a encender Linda, pero se detiene cuando la dice su madre en voz baja.*) ¡Enciende tú, si te atreves!... (*Linda tira el pitillo.*)

PURI.—(*A Linda.*) Pues bueno, chica, tú te preguntarás ¿a qué habrá venido ésta tan de mañana?

LINDA.—Sí.

PURI.—¡Pues he venido porque acabo de enterarme de una cosa que te va hacer dar un salto en esa silla, que puede ser que te caigas!... ¡No te digo más!...

LINDA.—¡Caramba!... ¿Y qué es ello?

PURI.—Un notición, chica, un notición... Tú, por si acaso, prepara el frasco de sales...

LINDA.—¿Pero qué es ello?...

PURI.—El frasco de sales... y el vinagre, que es bueno también pa los ataques de nervios... ¡Hay que tomar precauciones!...

PAZ.—¿Sales?... ¿El vinagre?...

LINDA.—No entiendo...

PAZ.—Por lo visto es que con la noticia que te trae ¡se va a armar una ensalada!...

PURI.—Hoy ya no. Antes puede ser que sí; pero ahora las cosas ya han cambiado para esta, que ha dejado de ser tonta y se ha convencido de que a los hombres hay que dejarles hacer lo que ellos quieren...

ROSO.—¡Lo que nosotros queremos!... ¡Hombre, me gustan mucho las ideas de esta mujer!...

PURI.—Es inútil luchar con ellos ni irles con suspiros ni con lágrimas... Cuando dicen que se van, ¡vayan benditos de Dios!... Lo que yo digo, señor, a enemigo que se marcha, puente de plata... ¡Quedándose una, como es natural, con la plata!... (*A Paz.*) No se puede una fiar de los hombres, señora... Nosotras somos para ellos lo que es un juguete para un niño... Unos días de diversión y luego ¡nada!

PAZ.—¿Pero todo eso a qué viene?

PURI.—Pues viene a que... (*Deteniéndose y mirando a Linda.*) Bueno, supongo que podré hablar con toda libertad..., que tus padres estarán enterados de todo.

PAZ.—De todo, siga usté...

PURI.—(*A Linda.*) Pues agárrate, chica... Agárrate por si acaso. Acabo de encontrarme a Alfonso.

LINDA.—¿A Alfonso?

PAZ.—A tu...

PURI.—A su, sí, señora... Y me ha dicho, me ha dicho... ¿Te lo digo?

PAZ.—Rediez, desembuche usted de una vez...

PURI.—¡Pues que se casa!

PAZ.—¿Eh?

LINDA.—Lo esperaba...

PAZ.—Pero eso no es posible...

PURI.—¡Anda, vaya si lo es!... ¡Y pronto, muy prontito! ¿Digo cuándo?...

ROSO.—¡Diga usté de carrerilla to lo que sepa y no maree más!

PURI.—Pues hoy mismo. En la Paloma, en la misa de doce.

LINDA.—¡Qué miserable!

PURI.—Se casa con una chica a quien tú debes de conocer, ¡ya lo creo!... Con la hija de Casilda, la corredora de alhajas... Una mujer que tiene pasta, mucha pasta... ¡Que es lo que le ha trastornado a Alfonso, porque se ha arreglado la boda en un mes escaso!...

PAZ.—¡Pues menos va a tardar en desarreglarse... o pierdo yo el nombre que tengo!...

LINDA.—Pero madre...

ROSO.—Paz, que aquí no conocemos al alcalde pa que luego te saque de la cárcel...

PAZ.—¡Déjame en paz!... Esa mujer no sabrá seguramente que su prometido tiene una hija de diez años, y que hay una mujer abandonada... y otra mujer que se pinta sola pa dar un disgusto al lucero del alba... ¿No lo sabrá?... ¡Pues voy yo a decírselo!...

LINDA.—Madre, madre... No, no...

PAZ.—¿Pero tú la oyes?... ¡Encima va a oponerse!...

ROSO.—Escucha, Paz. ¿Pa qué vamos a engañarnos aunque se trate de nuestra hija? Hay que raciocinar un poco. ¿Tú crees que con lo *ocurrido* luego tienes fuerza bastante para obligar a un hombre a que vuelva al lao de una mujer que... ¡Mira lo que dice este papelito!... Raimundo con *dos errcs*...

PAZ.—No me digas nada... ¡Güena soy yo pa atender a razones!... Además que lo primero que le voy a decir a ese hombre es que yo no busco un marido pa mi hija, sino un padre pa mi nieta. ¡Y por mi nieta sí que soy yo capaz de deshacer todas las bodas que se vayan a celebrar en toas las parroquias de Madrid!... ¡Pues estaría güeno!... Te he dicho antes que yo arreglo tu casa en un mes, y la arreglo, ¡vaya si la arreglo!... ¿Usté sabe dónde vive la novia?

PURI.—(*Sin atreverse a decir que sí.*) Yo... no...

PAZ.—Pero usté se entera y me lleva a su casa...

PURI.—¿Yo?... Si yo...

PAZ.—¡Así se portan las güenas amigas!

PURI.—Es que...

PAZ.—Andando, andando... (*A Roso y a Buenaventura.*) Y vosotros venir conmigo. (*A Linda.*) Y tú nos esperas aquí. En marcha.

LINDA—¿Qué va usted a hacer, madre?... He dicho que no y que no.

PAZ.—Y yo que sí y que sí. Si sólo se tratase de ti, tal vez te hiciera caso; pero se trata de mi nieta, y no cejo. ¡Voy a devolverla al padre que ha perdido!...

ROSO.—¡Vamos a devolvérsela... (*Se encaminan los tres hacia la puerta del foro. Paz obliga a Puri a que vaya con ellos. Linda intenta ir detrás, pero la contiene el gesto enérgico de su madre.*)

PAZ.—Hago lo que debe hacer una verdadera abuela...

ROSO.—¡Y un verdadero abuelo!...

BUENAVENTURA.—¡Y un verdadero tío!...

PAZ.—Andando, andando...

ROSO.—¡Vamos a malograr una luna de miel! (*Hacen mutis Paz, Puri, Roso y Buenaventura por la puerta del foro y cae rápidamente el telón.*)

MUTACION

CUADRO
CUARTO

La misma decoración del cuadro anterior.

(Al levantarse el telón la escena sola. A poco sale por la puerta del foro PETRA, seguida de PURI.)

PETRA.—Pase usted por aquí y tenga la bondad de esperar un momento. La señorita está vistiéndose. Saldrá en seguida.

PURI.—Oiga, Petra...

PETRA.—Mande la señorita...

PURI.—¿No han regresado aún los parientes de Linda?

PETRA.—¿Los grullos?... No. ¿Se fueron con usted, verdad?...

PURI.—Sí. Les acompañé. Iban a hacer una visita de cumplido. ¡De mucho cumplido!... Yo no quise subir con ellos a la casa, y no sé lo que habrá pasado.

PETRA.—Tal vez les hayan convidado a comer.

PURI.—*(Sonriendo con ironía.)* No creo, no creo... La visitita no era como para que les obsequiasen. *(Suena el timbre.)*

PETRA.—Esos deben ser... *(Mirando por la puerta del foro.)* Sí. Ellos son. Pero solos el padre y el hijo. La "grulla" no viene con ellos.

PURI.—*(Riendo.)* ¿Se la habrán comido?

(Por la puerta del foro salen ROSO y BUENAVENTURA. Vienen mustios y cariacontecidoss. El chico trae un carrillo acardenalado.)

ROSO.—¡Ay!

BUENAVENTURA.—¡Ay!

PETRA.—¿Los señores quieren algo?

BUENAVENTURA.—¡Arnica!
PETRA.—¿Cómo?
ROSO.—Nada, mujer...
PETRA.—Bueno, bueno... (*Vase por la puerta del foro.*)
PURI.—¿Pero qué es eso?... ¿Qué ha ocurrido?
BUENAVENTURA.—(*Con voz doliente.*) ¡Que viva la novia!
PURI.—¿Eh?
ROSO.—Que viva la novia cien años y no se la olvidará el disgusto que acabamos de darle.
BUENAVENTURA.—¡Pues anda que el novio!... ¡Bien le he hecho sudar yo!...
PURI.—¿Sí?
BUENAVENTURA.—La emprendió a puñetazos conmigo y cuando le separaron de mí por cada pelo se le caía una gota...
PURI.—Pero vamos a ver. Ustedes llegaron y...
ROSO.—Nosotros llegamos a tiempo. Iban a salir ya para la iglesia.
BUENAVENTURA.—¡Qué guapa iba la novia!
ROSO.—¡Y qué llenita está la madrina!
PURI.—¿Y qué hicieron ustedes?
ROSO.—Paz se adelantó y con mucha finura le dijo a la novia que le llevaba un regalito...
BUENAVENTURA.—Y el novio preguntó si era para la casa...
ROSO.—Y yo le dije que sí, que era para la casa; pero para la casa de socorro.
BUENAVENTURA.—En total, que mi madre se destapó y contó que el pollo había tenido hace diez años una hija, y que el muy granuja no la quería reconocer y la tenía abandonada.
ROSO.—El lo negó.
BUENAVENTURA.—Y dijo que en varias ocasiones mi hermana se había ido con el mismo embuste, con el mismo cuento... Y que él aseguraba que la niña no era suya...
ROSO.—Y la novia se puso de su parte...
BUENAVENERTURA.—Y la madrina se puso...
ROSO.—Y la Paz se puso...
PURI.—¿También?
ROSO.—...se puso a repartir golpes y se quedó sola.
PURI.—La batalla del Callao.
ROSO.—La del Callao; pero con voces. Resultao que la boda se ha aplazao hasta que se ponga en claro si la chica es o no de Alfonso.
PURI.—¿Y ahora?
ROSO.—Ahora va a empezar lo güeno. La Paz se ha propuesto arreglar esta casa, y la arregla. Ha ido al colegio donde está la

niña y pa sacarla de allí y traerla al lao de su madre..., quiera o no quiera su madre tenerla aquí.

PURI.—¿Pero Linda sabe?...

ROSO.—Andá, pues esa sorpresa no es nada pa la que la prepara pa después. La Paz se ha enterao de que don Raimundo... ¿Conoce usted a don Raimundo?

PURI.—Sí, el... el *amigo* de Linda.

ROSO.—Pues se ha enterao de que es casao, y se ha ido a ver a su esposa pa enterarla de to.

PURI.—¡Qué barbaridad!

ROSO.—¡Cuando yo la digo a usté que tengo una mujer que es la única pa arreglar casas desarreglás!... (*Oyese dentro la voz de Paz, que dice: Pasa, monina, pasa por aquí.*) ¡Ah, ya está aquí!

(*Por la puerta del foro salen PAZ, BUENAVENTURA y ROSITA, esta última, niña de diez años. Viste traje de colegiala.*)

PAZ.—¡Aquí la tienes, Roso, aquí tienes a tu nieta! ¡Carne de tu carne y hueso de tus huesos!

ROSO.—¡Qué guapa!

BUENAVENTURA.—¡No pue negar que es de nuestra familia!

PAZ.—Sí; pero esta es otra cosa. Se la vé otro aspecto, otro aire de señorío. ¡Se la ve otra educación! Anda, rica, dale un beso al abuelo.

ROSITA.—¡No quiero, no me da la gana!

PAZ.—¿Ves? ¡Otra educación!

ROSITA.—Yo quiero volverme al colegio, yo quiero que me lleven con la madre Sagrario, y con la madre Herminia, y con la madre Teresa, y con la madre Juana.

PAZ.—No. ¡La verdá es que costará caro el colegio, pero mira que tien madres! Y lo que les enseñan... Anda, preciosa, di lo que te enseñan.

ROSITA.—¡Déjeme usté en paz!

PURI.—A ser obediente se ve que no les enseñan.

ROSITA.—Aprendemos gramática española y francesa, religión, historia sagrada, universal y de España, geografías universal y particular, aritmética, geometría, labores, música, trabajos manuales, corte y confección.

ROSO.—¡Qué barbaridad! ¡Así está la pobre tan delgadita!

PAZ.—¡Pues si la oyeras decir versos en francés! Lo habla tan divinamente, que yo creo que ni los franceses la entenderán.

ROSITA.—¡Yo quiero volver al colegio!

PAZ.—¿Verdá que se parece mucho a nosotros?

ROSO.—Te diré, te diré.

PAZ.—No ties que decirme na. ¡Si es igual! Estos ojos son los míos, y esta frente, la tuya.

BUENAVENTURA.—¡Y la corbata que lleva es mesmamente la que yo llevo!

PAZ.—La nariz, de su madre; la barbilla, de su tía Ascensión, y este hoyo, el de su bisabuelo.

PURI.—¡Vaya, yo les dejo a ustedes!

ROSO.—¿Pero no quería usted ver a Paula?

PURI.—Volveré luego. Ahora es mala ocasión para hablar con ella. La dejo entregada a la familia. Queden ustedes con Dios.

PAZ.—Adiós.

ROSO.—Hasta la vista. (*Vase Puri por la puerta del foro.*)

PAZ.—Estamos en el principio del fin, Roso.

ROSO.—¿Has ido a ver a la mujer de don Raimundo?

PAZ.—No que no. ¡Y ya puedes figurarte la que he armao en aquella casa!

ROSO.—Me lo supongo. ¡Vamos a dejar rastro de nuestro paso por Madrid!

ROSITA.—¡Que me lleven con la madre Sagrario!

PAZ.—¡Ya irás, rica, ya irás! Anda, Buenaventura, llévala al comedor y entretenla allí un poco. No quiero que la vea Paula hasta el momento oportuno.

BUENAVENTURA.—Ven, sobrina, ven con tu tío.

ROSITA.—¿Al colegio?

BUENAVENTURA.—Donde me dé la gana, que para eso soy tu tío carnal. (*Vanse Buenaventura y Rosita por la puerta del foro.*)

(*Por la puerta de la derecha sale LINDA.*)

LINDA.—Ah, ¿ya han vuelto ustedes? ¡Gracias a Dios!

PAZ.—¿Dónde estabas metida?

LINDA.—En mi alcoba. Desde allí no se siente la puerta.

PAZ.—¡Ya!

LINDA.—¿Y qué?

PAZ.—Todo arreglado. Mejor dicho, todo desarreglado. Y de que luego Alfonso se case contigo, de eso me encargo yo.

LINDA.—¡De ninguna manera!

PAZ.—¡Paula!...

LINDA.—Que no, he dicho. Yo no me caso con ese hombre, ni le consiento que ponga los pies en mi cas No quiero nada de él. Ni siquiera el apellido que pudiera darme. Lo rechazo.

PAZ.—Es que yo te obligaré.

LINDA.—Madre, yo no sé hasta qué punto tendrá usté derecho.

PAZ.—¿Qué dices? ¿Pero tú la oyes? ¿Hasta qué punto? ¡Hasta tos los puntos!

LINDA.—Yo soy mayor de edad, yo hago una vida que no quiero cambiar. Siendo muy joven me declaré libre y libre quiero seguir siendo.

ROSO.—¡Ese viva la libertad te ha matao, Paz!

PAZ.—¿Le paece a usté? (*Muy emocionada.*) ¡Decir eso a su madre! Críe usté una hija con tos los trabajos del mundo, sacrifíquese usté por ella como yo me he sacrificao siempre, pa recibir luego este pago, pa que después... (*Rompe a llorar.*) ¡Maldita sea! (*Transición.*) ¡Te voy a dar un guantazo, chica, que te voy a quitar la cara!

LINDA.—¡Madre!...

PAZ.—Pero yo te aseguro que harás lo que yo te mande .¡Por las buenas o por las malas! ¡Señor, es triste cosa que la maltraten a una, encima que se mete en lo que no la importa!

(*Oyese el siguiente diálogo dentro.*

Petra. Señora, señora.

Alfonso. Déjeme usted. He dicho que paso, y paso.)

LINDA.—¿Eh?... ¡Alfonso!

PAZ.—Ya está ahí... (*A gritos.*) ¡Adelante, pollo, adelante! (*Por la puerta del foro sale ALFONSO.*)

LINDA.—Alfonso...

ALFONSO.—Paula...

ROSO.—Llegó el momento...

LINDA.—¿A qué has venido?... ¿Qué quieres?... ¿Qué buscas aquí?...

ALFONSO.—Pregúntaselo a ésos, pregúntatelo a ti misma...

LINDA.—Madre...

PAZ.—(*A Roso.*) Ven, ven... (*A Linda y a Alfonso.*) Vosotros os entenderéis, hijos míos... (*A Roso.*) ¿Te has fijao con qué intención he dicho lo de hijos míos... ¿Qué te parece?...

ROSO.—Extraordinaria y fuera de abono. Como quedes bien te dan la oreja de oro. (*Vanse Paz y Roso por la puerta del foro.*)

ALFONSO.—¿Te parece bonito lo que has hecho?...

LINDA.—¿Qué he hecho yo?...

ALFONSO.—Paula... Digo, Linda de Francia, porque tú ya no eres aquella Paula que yo conocí. Aquella era una mujer tímida y apocada que no se hubiera atrevido a darme el escándalo que me habéis dado... Esta otra sí... A Linda de Francia, ¿qué la importa?... Si se arma una bronca, que se arme y que se entere todo el mundo... Y si la cosa trasciende a los periódicos, mejor, mucho mejor... Para ti todo es reclamo.

LINDA.—Mal me conoces. Mal me has conocido siempre... ¿Qué

culpa tengo yo de que los demás quisieran pedirte lo que yo creo que no debe pedir ninguna mujer que se estime en algo?...

ALFONSO.—¿Cómo?...

LINDA.—Que vuelvas al lado de la infeliz a quien perdiste, que reconozcas lo que es de ley que reconozcas. Eso no se suplica, se exige.

ALFONSO.—¿Y tú?...

LINDA.—Yo no te exijo nada. ¿Para qué?... Y es más, te aseguro que no te guardo rencor... Al contrario... Te debo mi desgracia, es verdad; pero en medio de ella te debo también mi dicha. Te debo la vergüenza de mi caída; pero en cambio te debo la experiencia de que son mentira todos los juramentos de los hombres, de que no se debe una fiar de ninguno, de que hay que aprovecharse de eso que vosotros llamáis "caprichos pasajeros." Te debo... ¿a qué seguir, Alfonso?... Todo lo amargas que fueron las lágrimas que derramé al contemplar tu huída, fueron luego de dulces al ver en mis brazos a mi hija... Y para terminar: hasta te debo el que no tenga que compartir con nadie el cariño de mi hija: que sea mío sólo. ¡Hasta eso te debo!... Todavía te tengo que dar las gracias...

ALFONSO.—Yo a ti sí que te tengo que estar agradecido... Y mucho... Porque si yo a ti te engañé, tú no quisiste engañarme a mí, y al abandonarme, no fingistes ni un solo momento... Te mostraste tal cual eres. Tal cual sigues siendo. Yo hubiera vuelto a tu lado, quién sabe...

LINDA.—Yo sí lo sé... No pensaste volver nunca... Después de tu infamia, ¿hubieras tenido valor para mirarme cara a cara?

ALFONSO.—Seguramente no, porque me hubiera cegao el brillo de esos pendientes.

LINDA.—Alfonso...

ALFONSO.—¿Cómo te iba yo a estrechar ya entre mis brazos?... A lo mejor podía pincharme ese alfiler tan hermoso que llevas en el pecho...

LINDA.—Déjame, vete...

ALFONSO.—Si ni aun siquiera podemos darnos la mano como amigos, porque si cojo la tuya y la aprieto, como llevas tantas sortijas, puedo hacerte daño... Te lo haré seguramente...

LINDA.—¿Has venido aquí para insultarme?... He dicho que te vayas de mi casa, que no quiero saber ni del santo de tu nombre...

(Por la puerta del foro sale ROSITA, y llorando se dirige a su madre.)

ROSITA.—Mamá, mamá...

LINDA.—¿Cómo?... ¿Tú aquí?... ¿A qué has venido?... ¿Quién te ha traído?... (*Rápido hasta el final.*)

ROSITA.—Una mujer que dice que es mi abuela... Pero yo no quiero estar aquí... Yo quiero irme al colegio... (*Llorando a gritos.*) ¡Que me lleven con la madre Sagrario!...

ALFONSO.—(*Furioso.*) ¡Ah, vamos, ahora comprendo!... Me teníais preparado este cuadro de familia...

LINDA.—Mientes. Digo y repito que no quiero saber nada de ti... Vete...

ALFONSO.—¡Maldita sea!... ¡Si no me valiera!... (*La amenaza.*)

LINDA.—(*Repeliendo la agresión.*) ¿A mí?... ¿Amenazarme tú?

(*Por la puerta del foro salen PETRA y REMIGIA.*)

PETRA.—Denos usté la cuenta, señorita... Nosotras no seguimos aquí...

REMIGIA.—¡A mí no me insulta ninguna paleta!

(*Por la puerta de la izquierda sale DON RAIMUNDO. Representa unos sesenta años.*)

RAIMUNDO.—(*Dirigiéndose a Linda.*) ¿Pero qué es eso, qué escándalo es este?

LINDA.—¡Raimundo, yo te explicaré!

ALFONSO.—A mí, en cambio, no tienes que explicarme nada. Buscas a esos para que deshagan mi boda y me haces venir a tu casa para que conozca a tu amante... (*Exaltándose.*) ¿Pero qué te propones?... ¿Qué ideas son las tuyas?

RAIMUNDO.—Caballero..., esas voces...

ALFONSO.—Usted se calla, que este asunto es sólo de esa mujer y mío...

RAIMUNDO.—Y mío también; que en presencia mía nadie puede ofenderla, porque ha de saber usted que esta señorita está bajo mi protección... (*Por la puerta del foro sale DOÑA PRUDENCIA y se detiene escuchando lo que sigue.*) Porque yo la quiero, porque yo soy su paladín, porque yo soy...

PRUDENCIA.—(*Avanza hacia don Raimundo y, blandiendo la sombrilla, descarga varios golpes sobre él.*) ¡Tú eres un sinvergüenza muy grande!...

RAIMUNDO.—(*Huyendo, perseguido por doña Prudencia.*) ¡Prudencia!... ¡Por Dios!... (*Muy rápido hasta el final.*)

ALFONSO.—(*Amenazando a Linda.*) ¡Maldita sea! ¡Si no me valiera!...

LINDA.—¿Cómo? ¿Amenazarme tú?

REMIGIA.—La cuenta...

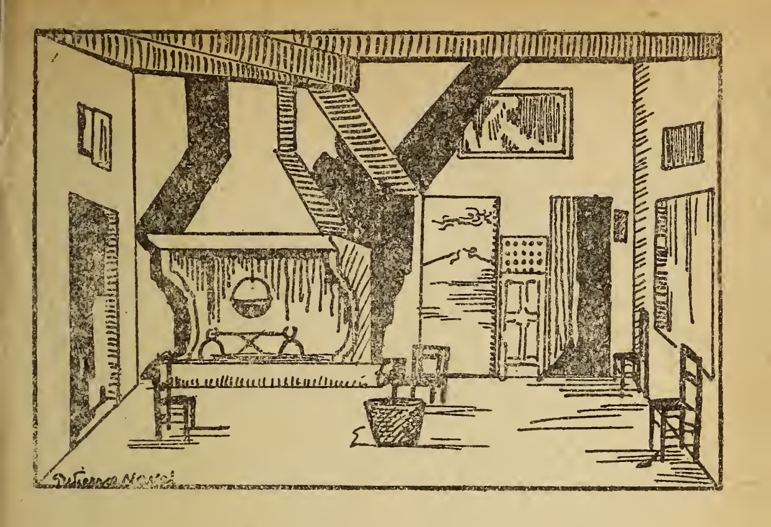
PETRA.—Venga la cuenta, señorita.

(Todas estas frases son casi momentáneas. Por la puerta del foro salen ROSO y PAZ, y desde allí contemplan el animado cuadro, y exclaman con voz muy alta para que se oigan bien sus palabras entre los gritos de todos.)

PAZ Y ROSO.—¡Pero qué falta estábamos haciendo en esta casa!... *(Telón rápido.)*

FIN DEL ACTO SEGUNDO





ACTO TERCERO

CUADRO QUINTO

Cocina de la casa de Paz en Cascarriales. Puerta y ventana grandes al foro, por las que se ve el corral. A la derecha, primer término, puerta. y en segundo, el hogar, con amplia chimenea de campana. Otra puerta a la izquierda. Muebles de madera muy humildes, pero muy limpios. Es de día.

(*Al comenzar el acto está PAZ sentada en una silla cosiendo. Por la puerta del foro sale el CURA. Representa unos sesenta años.*)

CURA.—Ave María Purísima...

PAZ.—Sin pecado concebida. Adelante, padre, adelante...

CURA.—Buenos días, Paz. Ya de regreso de tu viaje a Madrid, ¿eh?

PAZ.—Sí, señor, Llegamos anoche...

CURA.—(*Sentándose frente a Paz.*) ¿Y qué tal te ha ido? ¿Te has divertido mucho?

PAZ.—Regular. Nada más que regular. Y en tocante a divertir-

me, no puedo quejarme, porque hay quien se ha divertido menos que yo.

CURA.—Claro... Lo que pasa. Tú no estás acostumbrada a aquella vida y aquel jaleo y estarías allí como gallina en corral ajeno...

PAZ.—Muy exacta la comparanza, señor cura. Pero no como gallina, sino como gallo, como gallo de pelea.

CURA.—¿Eh?

PAZ.—Como que si me dejan desplumo a un ganso y le doy en la cresta a un pollo... ¡A un tío ganso y a un pollo!...

CURA.—¿Un pollo bien?...

PAZ.—Bien sinvergüenza, sí, señor. ¡Ay, padre, aquello no es para mí! ¡Yo estoy muy acostumbrada a vivir como Dios manda!...

CURA.—Bien dicho. Con el santo temor de Dios...

PAZ.—Y el temor de las broncas con mi marido... Y aquello... ¡No tiene usté idea de lo que es aquello!...

CURA.—Es la ciudad del pecado...

PAZ.—Y de los juicios de faltas. No le digo a usté mas sino que he estao tres días y he dejao siete pendientes.

CURA.—¡Qué atrocidad!

PAZ.—¡Las cosas que yo he visto allí! Las cosas que he arreglao... y que he desarreglao al mismo tiempo...

CURA.—(*Riendo.*) ¡Qué Paz esta! ¡Siempre la misma! Pero vamos a lo que importa, porque cada vez te entiendo menos. ¿Cómo has dejado a tu hija, bien?

PAZ.—De ninguna manera.

CURA.—¿Cómo?

PAZ.—Porque no la he dejao, porque me la he traído conmigo.

CURA.—¿Y cómo ha sido eso?

PAZ.—¿Que cómo ha sido? ¡Ay, padre, cómo se ve que usté no sabe lo que es ser padre!...

CURA.—Claro que no.

PAZ.—Y mucho menos lo que es ser madre.

CURA.—¡Muchísimo menos!

PAZ.—Que no puedo irme de Madrid—me decía—. Que tengo un contrato firmao... Y allá me marché a ver al empresario y rompí el contrato. Un pleito creo que nos va a poner. Que ya me he comprometido con mi agente pa trabajar en Barcelona... ¡Pues la Paz a casa del agente! ¡Otro pleito que la va a poner a Paula y una denuncia que me ha puesto a mí por insultos a toa su familia, y en particular a su esposa!... Y creo que no menté su nombre pa

na... Tos los insultos fueron pa el marido. En fin, padre, que por to lo dicho, ya pue usté figurarse cómo me habré portao en Madrid.

CURA.—¡Como un ciclón! ¡Ave María Purísima! ¿Y tu hija qué dice a todo esto?

PAZ.—Aunque al pronto protestó, ya parece que se va amasando y ya la tengo medio convencida de que deje el teatro...

CURA.—Eso sobre todo, Paula, porque según tengo entendido, esas cupletistas se dedican a buscarse pulgas delante de las gentes...

PAZ.—Eso me creía yo; pero Paula me ha dicho que eso era antes. Ahora se conoce que ya no les pican...

CURA.—¡Ah, menos mal! ¿Y por dónde anda? Quisiera saludarla.

PAZ.—Aún no ha debido de levantarse. (*Se levanta lo mismo que el Cura.*) ¡Acostumbrada a la vida de Madrid! ¿Quiere usté que la llame?

CURA.—No, no; déjala dormir tranquila. Luego volveré por aquí.

PAZ.—Como usté quiera.

CURA.—Hasta luego, Paz, y bien venida.

PAZ.—Bien hallao, señor cura.

CURA.—Que la paz sea con vosotros.

PAZ.—Si dice usté a un tal don Raimundo y a otro tal Alfonso que la "Paz" sea con ellos, ¡menuda se arma!

CURA.—¡Siempre de tan buen humor! Adiós, mujer.

PAZ.—Vaya usté con Dios, padre... (*Vase el Cura por la puerta del foro. Paz le grita desde allí, viéndole alejarse.*) ¡Y dele usté muchos recuerdos al ama! (*Se retira de la puerta y recoge la costura.*) ¡Vaya si hago yo lo que quiero de Paula! No es peor que era mi marido y hoy le tengo como un guante. ¡Claro es que sus palizas le ha costao! ¡Pero como un guante!

(*Por la puerta de la izquierda sale ISABEL, linda moza, criada de la casa. En la mano trae un palanganero.*)

PAZ.—¿Qué es eso? ¿Dónde vas tú con ese palanganero?

ISABEL.—Es que dice la Paula...

PAZ.—(*Rectificándola.*) La señorita... Mi hija es la señorita, que es como has de llamarla desde ahora.

ISABEL.—Está bien.

PAZ.—Y a mí la señora, y a mi marido el señor, y a mi hijo el señorito...

ISABEL.—¡Cuánto señorío!

PAZ.—¡Y cuánta ignorancia la vuestra! ¡Cómo se conoce que no habéis viajado!

ISABEL.—Pues dice la señorita Paula que no quiere este chisme

y que la lleve el lavabo que hay en esa otra habitación. (*Indicando la puerta de la derecha.*)

PAZ.—¡También es capricho! (*Viendo salir por la izquierda a MACARIO, mozo de labor, que sale cargado con una cama de hierro plegada.*) ¿Y tú, dónde llevas esa cama?

MACARIO.—Me ha mandado la Paula...

PAZ.—(*Incomodada ya.*) ¡La señorita, porra!

MACARIO.—Pues me ha mandao la señorita Porra que la suba la dorá que hay en la alcoba de usté. No quie dormir más en esta.

(*Por la izquierda sale JESUS, otro mozo. Este saca una mesilla de noche.*)

PAZ.—(*Indignada.*) ¿Tampoco quiere la mesilla de noche?

JESUS.—Dice que en lugar de esta la ponga la mesita pequeña que hay en la sala.

PAZ.—(*Furiosa.*) ¿Pero qué se ha creído la Paula?

ISABEL.—(*Rectificándola.*) La señorita...

PAZ.—(*Ofendida por la rectificación.*) ¡La señorita Cuerno! ¡A ver si es que se figura que sólo ha venido pa revolucionarme la casa! ¡Subir to eso a su alcoba!

JESUS.—Es que...

MACARIO.—Mire usté que...

ISABEL.—Es que nos ha mandao...

PAZ.—Que lo subáis he dicho. ¡Pues, hombre, estaría bueno! ¡Me va a oír mi hija! (*Hace mutis por la puerta de la izquierda.*)

MACARIO.—¡Anda, pues cuando vea que ha quitao la estera!

JESUS.—Y que ha mandao que venga el albañil pa hacer más grande la ventana.

MACARIO.—Vamos otra vez pa arriba, tú.

ISABEL.—Vamos pa allá...

MACARIO.—Dejarme pasar a mí el primero, que soy el más cargao.

(*Se encaminan los tres hacia la puerta de la izquierda y vanse por allí Macario y Jesús. Cuando va a seguirles Isabel, sale por la puerta del foro BUENAVENTURA y la detiene dándole un fuerte azote. Ella se vuelve en seguida.*)

ISABEL.—(*Con mucho cariño.*) ¡Ay, qué susto me has dao, borricote!

BUENAVENTURA.—(*Con mimo.*) ¡Pero, animal, si ha sido un cariño! ¡Mía que eres bestia! ¡Pues sí que no sabe uno cómo demostrarte su querer! Lo mismo me pasó ayer cuando te pegué el mordisco en el brazo. ¡Di tú que no se puen gastar mimos contigo!

ISABEL.—No te incomodes, Buenaventura. Digo, señorito...

BUENAVENTURA.—¿Eh?

ISABEL.—Tu madre me ha dicho que te tengo que llamar señorito. ¡Mi señorito!

BUENAVENTURA.—Pues si yo soy tu señorito, tú eres mi señorita pa mí.

ISABEL.—Eso, no; yo soy una pobre criada.

BUENAVENTURA.—(*Dándole otro azotito.*) ¡Pero que muy bien criada! Además, tú no te apures, que yo estoy dispuesto a hacerte señorita. Mejor dicho, señora.

ISABEL.—¿Y cuándo será eso, Buenaventura?

BUENAVENTURA.—En cuanto te dé mi blanca mano. Y te la daré, ya lo creo que te la daré. (*Acariciándola.*)

ISABEL.—Güeno, pues hasta entonces estate quieto con ella.

BUENAVENTURA.—No voy a poder.

ISABEL.—¿Me quieres mucho?

BUENAVENTURA.—Más que a mi vida.

ISABEL.—¿Y me querrás siempre?

BUENAVENTURA.—Siempre. ¿Es que lo dudas, cacho de tonta?

ISABEL.—No lo dudo, pero tengo miedo.

BUENAVENTURA.—¿Miedo de qué?

ISABEL.—De que el día que se enteren tus padres se opongan a nuestras relaciones.

BUENAVENTURA.—No dirán na en cuanto se enteren de que son relaciones formales.

ISABEL.—Según a lo que tú llames ser formales. (*Bajando la vista y con intención.*) ¡Claro es que pa mí no han podido ser más formales!

BUENAVENTURA.—¡Y pa mí también!

ISABEL.—¿Y si te obligan a casarte con otra?

BUENAVENTURA.—¿Con quién me van a obligar a casar?

ISABEL.—¡Qué sé yo! Con la Rosa, sin ir más lejos. ¿Crees que no he notao yo que no la miras con malos ojos?

BUENAVENTURA.—¿Quies callarte? ¡Con la Rosa! ¿Ande voy a ir yo con una mujer que no tie una mala gofetá?

ISABEL.—(*Muy complacida.*) ¿Y yo sí la tengo?

BUENAVENTURA.—Tú pues tener muchas gofetás... y a cual mejores. Y aparte de eso ties muchas cosas más... Ties carrillos pa acariciarlos (*La acaricia*), brazos, pa pellizcarlos (*La pellizca*) y cintura pa abrazarla. (*La da un fuerte brazo a tiempo que por la puerta sale LINDA, la cual sorprende el idilio.*)

LINDA.—¡Hombre! ¡Me gusta!

BUENAVENTURA.—(*Creyendo que lo dice aludiendo a la belleza de la moza.*) ¡Y a mí muchísimo, hermana!

LINDA.—¿A ti te parece bonito abrazar de ese modo a la criada?

BUENAVENTURA.—¿Pues cómo hay que abrazarla, hermana?

LINDA.—(*A Isabel*) ¿Y a usted dejarse abrazar así por mi hermano?

BUENAVENTURA.—Ya está acostumbrada, yo te apures.

LINDA.—¿Acostumbrada?

ISABEL.—(*Lloriqueando.*) Yo..., señorita...

BUENAVENTURA.—(*A Linda.*) Es que... si me prometes guardarme el secreto, te lo digo.

LINDA.—Es que sois novios, ¿verdad?

BUENAVENTURA.—Pero novios formales, no vayas a creerte.

LINDA.—¡Ya lo he visto! Y yo no puedo consertir que precisamente aquí, en la casa de mi madre...

BUENAVENTURA.—¿Qué quieres decir?

LINDA.—Que por lo mismo que tú dices que vuestras relaciones son serias...

BUENAVENTURA.—¡Pero una cosa muy seria!

LINDA.—Viváis esta y tú bajo el mismo techo. ¡Digo, y con lo que son las murmuraciones de los pueblos!

BUENAVENTURA.—¿Qué podrían decir?

LINDA.—Vosotros podéis suponéroslo. Que erais más que novios.

ISABEL.—(*Rompiendo a llorar angustiosísima.*) ¡Ay, madre, ya se han enterao!

LINDA.—¿Eh, cómo?

BUENAVENTURA.—(*Con rabia.*) ¡Maldita sea! ¡Mia que eres bocona!

LINDA.—(*Muy asombrada.*) ¿O sea, que...?

ISABEL.—(*A Buenaventura, con gran aflicción.*) ¡Si ya me lo imaginaba yo que no tardarían en figurárselo! ¿No te lo decía yo, Buenaventura? ¡Eran muchas miradas delante de la gente; eran muchos pellizcos en las viñas; eran muchos abrazos cuando creíamos que nadie nos veía! Y, claro, ha pasao lo que tenía que pasar... ¡Qué vergüenza, santo Dios, qué vergüenza!

BUENAVENTURA.—(*Bajando la vista y sin saber ya qué decir.*) No llores, mujer, no llores...

ISABEL.—¿Cómo no quies que llore, cuando veo que a estas horas tal vez lo sepa ya to el pueblo? ¿Qué dirá mi pobrecita madre cuando se entere? ¡Qué paliza me va a pegar mi pobrecito padre!

LINDA.—¡Vaya por Dios! Tiré de la manta y mira tú lo que descubrí.

BUENAVENTURA.—¡Es que el tirón ha sío güeno!

LINDA.—(*A Isabel, cariñosamente.*) Pero no te apures, que me parece que, por ahora, no lo sabe nadie más que yo.

BUENAVENTURA.—(*Por Linda.*) Y a esta no pue sorprenderla mucho, porque tú calcula las cosas de estas que se ven en Madrid. ¡En aquel Madrid!

LINDA.—Esa es la opinión que tenéis los de los pueblos respecto a Madrid. Y en ese Madrid ocurre igual que aquí, que en todos lados. La que es honrada y decente lo mismo lo es en un pueblo que en ese Madrid.

BUENAVENTURA.—¡Como quieras, mujer, como quieras!

LINDA.—(*Con firmeza.*) ¡Como es!

BUENAVENTURA.—Es que aunque no lo fuera, ¡cualquiera te lleva la contraria después de saber lo que sabes!

LINDA.—Y de lo que pienso hacer por vosotros.

BUENAVENTURA.—¿Qué vas a hacer?

LINDA.—Casaros. Ni más ni menos.

ISABEL.—(*Agradecidísima.*) ¡Paula!... ¡Señorita!

BUENAVENTURA.—(*Receloso.*) ¡Paula!...

ISABEL.—¿Será posible?

LINDA.—No habrá nadie que pueda impedirlo. Con lo recta que es nuestra madre, que no pasa por cosa mal hecha, ¿crees que va a consentir que continúe esto así? No, Buenaventura, no. ¡Alégrate, hombre, alégrate! ¡Vas a casarte!

BUENAVENTURA.—(*Riendo con la risa del conejo.*) ¡Hay que alegrarse!

LINDA.—Mi viaje a este pueblo ha sido una cosa providencial para nosotros.

ISABEL.—¡Ya lo creo!

BUENAVENTURA.—¡Sí que va a ser providencial, sí!

LINDA.—¡Y dicho y hecho!... Hoy mismo arreglo yo esta cuestión. ¡Y sobre la marcha!... (*A Isabel.*) Tú, ahora mismo, te vas a tu casa y la dices a tu madre toda la verdad.

ISABEL.—¡Al momento se la digo! ¡Con lo que ella es!

LINDA.—Si no me obedeces no haré nada, y este no se casará contigo.

BUENAVENTURA.—(*Bajo a Isabel.*) ¡No la obedezcas, chica!

ISABEL.—Sí, sí... Yo haré to lo que mande. Va en ello nuestra felicidad.

LINDA.—Eso es. La confiesas tu caída, pero la añades que Buenaventura sabrá cumplir contigo como cumplen los hombres de-

centes. Y a la tarde iremos mis padres y nosotros a tu casa. ¿Qué os parece?

BUENAVENTURA.—¡Que corres demasiao, hermana! ¿A qué esas prisas? ¡No te vayas toavía, Isabel! Vamos a dejarlo to eso pa mañana.

ISABEL.—Que no. Yo obedezco a tu hermana. (*A Linda.*) A mi casa me voy. (*Abrazándola y besándola.*) Y muchas gracias, muchas gracias.

BUENAVENTURA.—(*Cogiéndola de la falda para detenerla.*) Que te aguardes.

LINDA.—Que la dejes.

ISABEL.—Que me dejes... (*Consigue, dando un tirón, desasirse de Buenaventura y hace mutis por la puerta del foro.*) Me voy muy contenta...

BUENAVENTURA.—(*Va a ir tras ella, pero Linda le detiene, sujetándole de la americana.*) ¡Que no, hombre, que no! ¡Que no vaya!

LINDA.—Repito que si no hacéis lo que os mando no te casarás con ella.

BUENAVENTURA.—¡Toma, pues eso es lo que yo quiero!

LINDA.—(*Asombradísima y soltándole.*) ¿Cómo? ¿Qué dices?

BUENAVENTURA.—¡Pero tú estás loca! ¿En qué cabeza cabe que yo me voy a casar con una criada? Yo, que soy uno de los pollos más elegantes del pueblo.

LINDA.—Pero ¿no has sido, no eres su amante?

BUENAVENTURA.—¿Y te parece toavía poco?

LINDA.—¡Oh, me parece demasiado!

BUENAVENTURA.—¡Vamos, mia que casarme yo con la Isabel!

LINDA.—Lo más justo. ¿Es que no la quieres?

BUENAVENTURA.—Hombre, quererla, sí que la quiero... Pero...

LINDA.—¿Pero qué? Acaba...

BUENAVENTURA.—Que yo puedo aspirar a otra cosa que a una moza pobre y andrajosa.

LINDA.—(*Indignada.*) Hermano...

BUENAVENTURA.—¿Qué?

LINDA.—Que te oigo y me indigno. (*Le coge de las solapas de la chaqueta y le zarandea.*) Tú eres un sinvergüenza, un canalla, tan falso como el hombre que me hizo a mí desgraciada. ¡Ah, pero no harás la infamia de abandonar a esa pobre chica! No, no... Tú te casas con ella. Yo juro que te casas. ¡Mal hombre, mal hermano! ¿Qué dirá madre cuando lo sepa?

BUENAVENTURA.—(*Tratando de que le deje.*) Suelta, mujer, suel-

ta. (*Por el foro sale ROSO. Al verle, suelta Linda a Buenaventura.*)

ROSO.—Pero ¿qué es eso? ¿Qué os pasa?

BUENAVENTURA.—(*Viendo a su padre.*) ¡Padre! (*Bajo a Linda.*) No le digas na.

LINDA.—(*Sin bajar la voz.*) ¿Cómo que no? Ce por be. ¡Y a madre también! ¿Dónde está madre?

ROSO.—Pero ¿qué ocurre? ¡Rediez! ¿Es que los disgustos de Madrid van a traer cola?

LINDA.—Puede ser que sí.

ROSO.—Pues yo estoy muy acostumbrao a mi vida tranquila, siempre en mi casa, con mi hijo y con mi mujer, pensando siempre en ellos.

LINDA.—(*En voz baja y un poco nerviosa.*) Ya hablaremos luego usted y yo de eso de la vida tranquila.

ROSO.—(*Un poco escamado.*) ¿Eh?

LINDA.—Y de que no piensa usted más que en su mujer .

ROSO.—¿Qué quieres decir?

LINDA.—Que estoy viendo que una cosa es predicar y otra dar trigo.

ROSO.—(*Cada vez más escamado.*) ¡No sé a qué viene mentar ahora el trigo y la recolección!

LINDA.—Ya lo verá usted luego. (*Llamando.*) ¡Madre, madre!

(*Por la puerta de la izquierda sale PAZ.*)

PAZ.—Aquí estoy, mujer, aquí estoy. ¿Qué pasa?

LINDA.—Pues pasa que me he enterado de una cosa que ustedes ignoran todavía, y a la que es preciso poner remedio pronto, pero que muy pronto.

PAZ.—Me asustas.

ROSO.—¿Qué es ello?

BUENAVENTURA.—¡Tonterías de esta! No le hagan ustés caso.

LINDA.—(*A su hermano.*) Tú te callas.

BUENAVENTURA.—Güeno. (*Va a irse, pero su hermana se lo impide.*)

LINDA.—Tú te callas, pero no te vas.

PAZ.—(*Impaciente ya.*) Acaba de una vez.

LINDA.—Pues ahí va la noticia.

BUENAVENTURA.—(*Santiguándose asustado.*) En el nombre del Padre...

LINDA.—A este angelito le he sorprendido abrazando a la criada.

ROSO.—(*Alarmado y con indignación.*) ¿A cual?

LINDA.—A la Isabel.

ROSO.—(*Tranquilizándose.*) ¡Ah!...

PAZ.—(*Muy iracunda, a su hijo.*) Pero ¿es que tú te has propuesto que no pare en casa ninguna moza? ¡Mira, quítate de mi vista o no respondo de mí!

BUENAVENTURA.—(*A su hermana, que otra vez vuelve a sujetarle para que no se marche.*) ¡Ya lo oyes! ¡Que me vaya!

LINDA.—No, si la cosa es más grave de lo que ustedes se suponen... Es que Buenaventura y esa chica son novios.

ROSO.—¿Eh?...

LINDA.—Novios desde hace ya tiempo.

PAZ.—¿Novios?... ¿Y desde hace tiempo?... ¿O sea que me has estado engañando? Es decir, ¿que yo he estado en la higuera?... (*A Roso.*) Vamos, hombre, dile tú algo, ríñele.

ROSO.—Ahora mismo. (*A Buenaventura.*) Pero ¿a ti te parece bonito tener a tu madre en la higuera con los años que tiene?

LINDA.—Bueno, para terminar. En pocas palabras. Que las cosas han llegado ya a un punto que no hay más remedio que casarles.

ROSO.—¿Eh?

PAZ.—Pero ¿qué estás diciendo?

LINDA.—Lo que ustedes oyen. Esa pobre chica ha sido engañada por este... y quién sabe, quién sabe... Acaso pronto serán ustedes abuelos.

ROSO.—(*A Buenaventura.*) Pero, sinvergüenza, ¿a ti te parece bonito?... Críe usted hijos para esto... ¡Hacer abuelo a tu padre sin contar antes con él!

BUENAVENTURA.—Yo...

PAZ.—(*Anonada.*) ¡Jesús, María y José!... ¡Ave María Purísima!... ¡Válgame Dios!... ¡Santa Bárbara bendita!... Sobre todo, santa Bárbara. (*Transición y remangándose los brazos.*) Encomiéndate a ella, chico, porque el nublao que se te va a venir encima va a ser de los de rayos y truenos. (*Coge un palo y va hacia él.*) Ahora verás...

ROSO.—Quieta, Paz...

LINDA.—(*Interponiéndose.*) Madre...

BUENAVENTURA.—(*Disculpándose como los chicos.*) ¡Que ha sido sin querer, madre!... ¡Déjeme usté, que ya no lo haré más!

PAZ.—¡Lo mato!

LINDA.—(*Quitándola el palo de la mano.*) Que le deje usted, repito. No es con gritos ni con palos como hay que arreglar este asunto...

PAZ.—(*Llorando.*) El muy pillo, el muy canalla... ¡Mal hijo!... Que se vaya, que si no, no sé si podré contenerme.

LINDA.—(*A su hermano.*) Sí. Vete, vete ya.

BUENAVENTURA.—Por ahí debías haber empezao... ¡Maldita sea, con lo bien que estarías tú en Madrid!

LINDA.—¡Ah, sí?... Pues a mí me parece que aquí estaba ya haciendo falta. Ya que los demás han procurado arreglar mi vida, justo es que yo arregle la de los demás...

BUENAVENTURA.—No sé para qué te has molestao. Conmigo estabas cumplida. (*Vase por la puerta de la izquierda.*)

PAZ.—¡No salgo de mi asombro!

ROSO.—¡Cualquiera iba a figurárselo!

PAZ.—¡Ay, estos hijos, estos hijos me van a quitar la vida! (*Con resolución.*) ¡Y eso que no! Hay que ser fuerte. Y eso no me acobarda, como tampoco me acobardó lo tuyo.

LINDA.—Así me gusta verla a usted. Siempre decidida.

PAZ.—Decidida a todo. Verás tú qué pronto arreglo yo esta cuestión.

LINDA.—Me lo figuraba.

PAZ.—Por lo pronto, la Isabel no está en mi casa ni un día más...

LINDA.—Ya la he enviado yo a la suya.

PAZ.—Y después...

LINDA.—Después es preciso...

PAZ.—Es preciso que Buenaventura se marche hoy mismo del pueblo y no vuelva hasta que se le olviden esos amoríos.

LINDA.—¿Eh?...

ROSO.—Lo mismo había pensao yo. Se pue marchar a Alfar de la Reina con mi hermano.

PAZ.—Claro.

LINDA.—Pero ¿qué es esto?... ¿Qué dicen ustedes?... Pero ¿es esa la única forma que ven de arreglarlo todo?

PAZ.—Pues claro que sí. ¿Qué otra hay? ¿Qué otra puede haber?

LINDA.—La única que cabe en un caso como éste: casarlos.

ROSO.—¿Eh?

PAZ.—Pero tú estás loca. ¿Tú sabes lo que dices? ¿Casar yo a mi hijo de mi alma con la criada?

LINDA.—Con la criada que es su amante.

PAZ.—¿Y eso qué?... Tantas amantes hay que luego no se casan.

LINDA.—Como yo, ¿verdad? ¿Y era justo que Alfonso me abandonase, que haya huído de mí? ¿Qué no ha hecho usted por remediar esa infamia? ¿Qué no haría aún?

PAZ.—To lo que pudiera; pero es que tú eres mi hija...

LINDA.—Y Buenaventura su hijo.

PAZ.—Tú lo has dicho, mi hijo. Y al tratarse de un hombre...

LINDA.—De un hombre que es tan miserable y tan canalla como Alfonso. Y usted, sin embargo, como es usted su madre, lo disculpa y hasta le aconseja que huya del lado de Isabel, como aquel hombre huyó del mío.

PAZ.—Es distinto, es distinto...

LINDA.—Es igual. ¡Justicia, Señor, pero no por mi casa! ¡Ah, pues no! Hay que vivir decentemente, me decía usted a mí... Y yo me he aprendido muy bien la lección, y fiel a sus consejos, he de procurar que vivan decentemente todos los que me rodean. Ustedes arreglaron mi vida, ¡a ver si yo ahora arreglo la manera de vivir de ustedes! ¡Y estamos en paz!

ROSO.—Eso de en paz, ya es mucho decir.

PAZ.—¿Pero qué estás diciendo? ¿Qué ideas son las tuyas y qué es lo que te propones?

LINDA.—Pues imitar lo que ustedes hicieron en mi casa.

ROSO.—¡Pues sí que vamos a estar aviados!

LINDA.—Obligar a mi hermano a que cumpla sus deberes, como ustedes trataron de hacérselos cumplir a Alfonso. Ya le he dicho a Isabel que esta tarde iremos todos a su casa a fijar la fecha de la boda...

PAZ.—¿Sabes lo que te digo? Que lo que eres tú es una enredadora muy grande, y no comprendes las cosas. Yo soy capaz de revolver Roma con Santiago, de pelearme con mi sombra pa que todo sea como debe ser dentro de mi familia, pa los míos... Caiga el que caiga; pero que mis hijos no salgan perjudicados nunca. ¡Y quedarte tú soltera después de aquello!... No, no y no... ¿Y casarse mi hijo después de esto?... No, no y no. ¿Qué es esto?... ¿Egoismo? Tal vez... A mí me parece más bien que es amor de madre, que a todo se sobrepone... ¡Amor de madre... o afán de hacer siempre lo que creo que le conviene a mi gente!...

LINDA.—Pero es que...

PAZ.—(*Iniciando el mutis hacia la puerta de la izquierda.*) Tú déjame a mí, tú déjame a mí...

LINDA.—(*Yendo tras ella.*) No, no. Escuche, escuche. (*Vanse Paz y Linda por la puerta de la izquierda.*)

ROSO.—¡Lo que yo decía! El viajecito a Madrid va a traer cola.

(*Por la puerta del foro sale JENARO.*)

JENARO.—Adiós, Roso.

ROSO.—Ven con Dios, Jenaro.

JENARO.—¿Se ha levantao ya la forastera?

ROSO.—Por ahí anda... Ahora la verás.

JENARO.—Sí, hombre, sí, que quiero saludarla. ¡Hace ya tantos años que no la veo! Ella, por supuesto, ya no se acordará del tío Jenaro, ni de su mujer.

ROSO.—Por supuesto.

JENARO.—Pues aluego vendrá la Amalia a verla. Ya sabéis que nosotros os queremos mucho y que gozamos con toas vuestras alegrías.

ROSO.—Ya lo sabemos, ya...

JENARO.—Como de la familia nos hemos tratao siempre tú y yo.

ROSO.—Siempre.

JENARO.—Y al respective de mi mujer, tampoco tengo que decirte lo que os quiere. El día que no viene a veros paece que la falta algo. ¡Ay, amistades como la nuestra ya no se ven por el mundo! Si la hubierais visto llorar a la Amalia cuando el invierno pasao estuvistes tan malo! ¡Ca lagrimón se la caía así de gordo! Y ella se quedó a velarte casi toas las noches. Y si se volviera a presentar la ocasión, pues estar seguro de que volvería a hacerlo con mucho gusto.

ROSO.—¡Hombre, eso de que con mucho gusto!

JENARO.—Con mucho gusto, repito. ¡Y yo encantao!

ROSO.—Pues muchas gracias,

(*Por la puerta de la izquierda sale LINDA.*)

LINDA.—Padre..., padre... (*Viendo al tío Jenaro.*) ¡Ah!

ROSO.—Aquí ties al tío Jenaro, que quería verte

LINDA.—Buenos días.

JENARO.—¡Chica, qué guapota te has puesto! ¡Cualquiera diría que eras tú aquella chiquilla enclenque y delgaducha que se fué de aquí ya va pa doce años!

LINDA.—Ya ve usted.

JENARO.—Pues aquí tienes al mejor amigo que tienen tus padres, ¿verdá, Roso?

ROSO.—Verdá, Jenaro.

JENARO.—Ya sé to lo que te ha pasao por esos Madriles, porque éstos no tienen ningún secreto pa mí, ni yo pa ellos... Y yo fuí quien les aconsejó, primero que nadie, que se marcharan a verte en cuanto que les escribiste. Y tus padres, claro, se fueron pa allá, porque, aunque me esté mal el decirlo, yo tengo aquí unas miajas de autoridá. ¿Verdad, Roso?

ROSO.—Verdá, Jenaro.

LINDA.—Hombre, me alegro mucho el saberlo, porque va usted a ayudarme para convencer a mis padres en una cuestión un poco difícil.

JENARO.—Por convencidos, si es una cosa justa.

LINDA.—Justísima.

ROSO.—Di que no.

LINDA.—Diga usted que sí. Y usted lo ha de ver.

ROSO.—(*A Linda.*) Te advierto que, diga lo que diga el tío Jenaro, a mí no me has de convencer... aunque consigas dejar convencida a tu madre y que ella transija.

LINDA.—(*Con gran seguridad.*) Logrado de mi madre, la resistencia de usted no me interesa.

ROSO.—¿Cómo?

LINDA.—Usted hará lo que yo quiera. Y si no, le contaré a madre cierta cosa, cierta cosa, que, por lo visto, la saben todos en el pueblo menos ella. ¡Y esa aventura también tiene que terminar, padre!

ROSO.—(*Muy alarmado.*) Pero...

LINDA.—Si madre no puede oírnos y aquí, el tío Jenaro, siendo tan amigo de usted, estará seguramente enterado.

JENARO.—¿A qué te refieres?

ROSO.—(*Rápidamente.*) A nada. (*A Linda.*) Cuenta conmigo pa todo.

LINDA.—(*Sonriendo.*) ¿Lo ve usted? Sabía yo que en cuanto le dijera que estaba enterada de los amores con la Amalia la del molino...

ROSO.—(*Aterrado.*) ¡Cataplum!

JENARO.—(*Asombrado y con indignación creciente.*) ¿Eh? ¿Cómo?... ¿Qué dices?... ¿Con Amalia? ¿Con mi mujer? ¿Y dices que lo saben tos? ¡Ahora me explico los lagrimones y el velatorio! ¡Canallas! (*Va hacia Roso, con el garrote levantado, Linda le sujeta.*) Yo le aseguro que hoy podrá venir a otro velatorio.

ROSO.—Jenaro, por Dios... Que es una infamia...

(*Por la puerta del foro salen MACARIO y JESUS, y por la de la izquierda PAZ. Los MOZOS sujetan a Jenaro.*)

PAZ.—¿Qué es eso, tío Jenaro? ¿Qué les pasa a ustedes?

MACARIO.—Quieto, tío Jenaro.

JENARO.—Pasa, ¡maldita sea!, pasa, que voy a matar a mi mujer y vuelvo en seguida a matar a Roso. Soltarme. (*Consigue desasirse de los que le sujetan y hace mutis por la puerta del foro.*) ¡Miserables, canallas!

LINDA.—(*Yendo tras él.*) Pero oiga.

ROSO.—(*A Paz.*) No hagas caso, Paz, es una infamia...

LINDA.—Yo no sabía...

PAZ.—Luego hablaremos de eso... (*A Linda.*) Y en cuanto a ti,

¿te parece bonito lo que has hecho con esta gente? (*Por los Mozos.*)

LINDA.—¿Qué he hecho?

PAZ.—Al enterarte de lo que cobran los mozos de mulas, les has ofrecido que hablarías conmigo.

LINDA.—¡Claro, para que les suban el jornal!

PAZ.—¡Paula!... ¿Pero tú sabes lo que cobran ya?

MOZOS.—¡Bien por la señorita!

PAZ.—(*Indignada.*) ¡Mal, muy mal!

JESUS.—Pues si no se nos aumenta la soldada, no trabajamos...; tie razón la señorita. Usté nos explota.

MACARIO.—Sí, sí.

PAZ.—(*A Roso.*) ¿Pero tú oyes? (*Por Rosita.*) ¿Y esta mona, que me abre el gallinero, compadecida de las gallinas, que dice que encerraditas allí todo el día deben estar muy mal? ¡Y se nos han escapado dos de las pintas y una moñuda! (*A la niña.*) ¿Pero a ti quién te mete...?

LINDA.—(*Con decisión.*) Basta, madre, que enganchen la tartana, que yo me vuelvo a Madrid en el primer tren. Usted quiso arreglar mi casa, sin ver antes todo el arreglo que está haciendo falta en la suya. Lo de siempre. Vemos la paja en el ojo ajeno y no vemos la viga en el nuestro.

PAZ.—Es que...

ROSO.—Es lo mejor. Allá cada uno.

PAZ.—Cada uno en su casa y Dios en la de todos.

LINDA.—¡Menudo infierno metieron ustedes en la mía!

ROSO.—¡Pues anda que el que dejas tú aquí (*Señalando a Paz.*) ¡Y con satanás en frente!

MOZO.—¡Viva la señorita!

JESUS.—¡Viva!

TELON RAPIDO

FIN DE LA HISTORIETA

NÚMEROS PUBLICADOS

1.—**La caraba,** de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
2.—**Mi mujer es un gran hombre,** de Cadenas y G.-Roig.
3.—**La villana,** de Romero y Fernández Shaw.
4.—**La aventurera,** de José Tellaeche.
5.—**La cuestión es pasar el rato,** de los hermanos Quintero.
6.—**Atocha,** de Federico Oliver.
7.—**¡Mal año de lobos!,** de Manuel Linares Rivas.
8.—**María del Mar,** de Juan Ignacio Luca de Tena.
9.—**La del soto del Parral,** de Sevilla y Carreño.
10.—**La sopa boba,** de Antonio Paso y Antonio Paso (hijo).
11.—**Los lagarteranos,** de Luis de Vargas.
12.—**Me casó mi madre...,** de Carlos Arniches.
13.—**¡Escápate conmigo...!,** de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
14.—**Calamar,** de Pedro Muñoz Seca.
15.—**Las alondras,** de Romero y Fernández Shaw.
16.—**El anticuario de Antón Martín,** de Antonio Paso.
17.—**Cancionera,** de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.
18.—**El gato con botas,** de Tomás Borrás y Valentín de Pedro.
19.—**Via Crucis,** de L. F. Ardavín.
20.—**Su mano derecha,** de H. Maura.
21.—**Entre desconocidos,** de Rafael López de Haro.
22.—**La Manola del Portillo,** de Carrere y Pacheco.
23.—**Doña María la Brava,** de Eduardo Marquina.
24.—**La chula de Pontevedra,** de Paradas y Jiménez.
25.—**La última novela,** de Manuel Linares Rivas.
26.—**La noche iluminada,** de Jacinto Benavente.
27.—**¡Usted es Ortiz!,** de Pedro Muñoz Seca.
28.—**Tú serás mío,** de Antonio Paso y Antonio Estremera.
29.—**La petenera,** de Serrano Anguita y Góngora.
30.—**El último romántico,** de Jose Tellaeche.
31.—**La mala uva,** de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
32.—**La casa de los pingos,** de Paso y Estremera.
33.—**La marchenera,** de R. González del Toro y F. Luque.
34.—**El que no puede amar,** de Alejandro Mac-Kinley.
35.—**La muralla de oro, de H. Maura.**
36.—**La parranda,** de Luis Fernández Ardavín.
37.—**El demonio fué antes ángel,** de Jacinto Benavente.
38.—**La morería,** de Romero y F. Shaw
39.—**La cura,** de Pedro Muñoz Seca y Enrique García Velloso.
40.—**El señor de Pigmalión,** de Jacinto Grau.
41.—**Y va de cuento,** de J. Benavente.
42.—**Hernani,** de los hermanos Machado y Villaespesa.
43.—**No hay dificultad y Cristobalón,** de Linares Rivas.
44.—**La capitana,** de Sevilla y Carreño.
45.—**Mi padre no es formal,** de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
46.—**¡Bendita seas!,** de A Novión.
47.—**¡Pare usté la jaca, amigo!,** de Ramos de Castro.
48.—**El buen camino,** de H. Maura.
49.—**El tío Quico,** de Carlos Arniches y J. Aguilar Catena.
50.—**¡Por el nombre!,** de Federico Santander y José María Vela. **La más fuerte,** de Augusto Strindberg.

51.—**Mademoiselle Nana,** de Pilar Millán Astray.
52.—**Mariana Pineda,** de Federico García Lorca.
53.—**El cadáver viviente,** de L. Tolstoi
54.—**El deseo,** de Luis F. Ardavín.
55.—**Cuento de amor,** de Jacinto Benavente, y **Sonata,** de Viu.
56.—**¡Más que Paulino...!,** de González del Castillo y M. Alonso.
57.—**Un alto en el camino,** de El Pastor Poeta.
58.—**Cuerdo amor, amo y señor,** de Avelino Artís.
59.—**¡No quiero, no quiero!...,** de Jacinto Benavente.
60.—**La atropellaplatos,** de Paso y Estremera.
61.—**El burlador de Sevilla,** de Francisco Villaespesa.
62.—**Las adelfas,** de Manuel y Antonio Machado.
63.—**Lola y Lolo,** de José Fernández del Villar.
64.—**El automóvil del rey,** de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
65.—**Mi hermana Genoveva,** de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
66.—**Raquel y el náufrago,** de Honorio Maura.
67.—**La maja,** de Luis F. Ardavín.
68.—**El rosal de las tres rosas,** de Manuel Linares Rivas.
69.—**La tatarabuela,** de Cadenas y González del Castillo.
70.—**El último lord,** de Hugo Falena.
71.—**Cuento de hadas,** de H, Maura.
72.—**¡Un millón!,** de Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández.
73.—**Oro molido,** de Federico Oliver.
74.—**De la Habana ha venido un barco...,** de Paso y Estremera.
75.—**Las hilanderas,** de F. Oliver.
76.—**Hilos de araña,** de Manuel Linares Rivas.
77.—**¡Mira qué bonita era...!,** de Francisco Ramos de Castro.
78.—**Cuento de aldea,** de Luis Fernández Ardavín.
79.—**Una mano suave,** de Alberto Insúa y Tomás Borrás.
80.—**¿Quién te quiere a ti?,** de Luis de Vargas.
81.—**¡Al escampío!,** de El P. Poeta.
82.—**Lo imprevisto,** de F. de Viu.
83.—**El club de los chiflados,** de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
84.—**La santa,** de Luis Fernández Ardavín y Valentín de Pedro.
85.—**Los claveles,** de Sevilla y Ca rreño.
86.—**El solar de mediacapa,** de Carlos Arniches.
87.—**El sofá, la radio, el peque y l hija de Palomeque,** de Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernánde
88.—**El rosario,** de Florencia L. Ba clay y A. Bisson.
89.—**La dama del antifaz,** de Charle Meré, traducción de C. de Castr
90.—**Noche de cabaret,** de Antoni Paso y Antonio Estremera.
91.—**La prisionera,** de Bourdet, tra ducción de Cadenas y G.-Roig.
92.—**Una farsa en el castillo,** de Mo nar, traducción de Lepina.
93.—**¿Qué tienes en la mirada?,** d Muñoz Seca y Pérez Fernández.
94.—**Pepa Doncel,** de J. Benavente.
95.—**El fantasma de Canterville,** d Oscar Wilde.
96.—**La casa de la troya,** de Linare Rivas y Pérez Lugín.
97.—**La niña de plata,** de Lope d Vega, refundición de Antonio Manuel Machado.
98.—**Napoleón en la luna,** de Nava rro y Sáez.
99.—**Adán y Eva,** de Pilar Millá Astray.
100.—**La dama del mar,** de Ibser versión española de Cristóbal d Castro.
101.—**Romance,** adaptación español de A. Fernández Lepina.
102.—**El Abolengo,** de Manuel Linar Rivas, y **Dúo,** de Paulino Masi
103.—**Amo a una actriz,** de Ladisl Fodor, traducción de Enrique d Rosas.
104.—**Para el cielo y los altares,** d Jacinto Benavente.
105.—**Don Floripondio,** de Luis Vargas.
106.—**El cardenal,** de Luis N. Pa ker, adaptado a la escena españ la por Manuel Linares Rivas Federico Reparaz.
108.—**La araña de oro,** de Orsler Brentano, versión castellana Cadenas y Gutiérrez-Roig.
109.—**La Loba,** de Ceferino R. Av cilla y Manuel Merino.
110.—**¡Atrévete, Susana!,** de Ladisl Fodor, traducida del húngaro p Tomás Borrás y Andrés Révè
111.—**El difunto era mayor,** de Lu Manzano Mancebo.

112.—Han matado a don Juan, de Federico Oliver.
113.—Sixto Sexto, de Antonio Paso y Antonio Estremera.
114.—La Lola se va a los puertos..., de M. y A. Machado.
115.—¡Maldita sea mi cara!, de Magda Donato y Antonio Paso.
116.—Lo que Dios dispone, de Muñoz Seca.
117.—Para ti es el mundo, de Carlos Arniches.
118.—Oriente y Occidente, de W. Somerset Maugham.
119.—Estudiantes y Modistillas, de Antonio Casero.
120.—Volpone, de Ben Jonson.
121.—El alfiler, de Pedro Muñoz Seca.
122.—Ser o no ser, de Rafael López de Haro.
123.—María Victoria, de Manuel Linares Rivas,
124.—El gato y el canario, de John Willard, traducida por José Luis Salado y F. Pérez de la Vega.
125.—La aventura de Irene, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
126.—¿Qué da usted por el Conde?, de Antonio Paso y Emilio Sáez.
127.—Maya, de Simón Gantillón, traducción de Azorín.
128.—El negro que tenía el alma blanca, de Insúa y Oliver.
129.—Ella o el diablo, de Rafael López de Haro.
130.—El Cuatrigémino, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
131.—Los Tres Mosqueteros, de Ardavín y Valentín de Pedro.
132.—Cuando empieza la vida, de Linares Rivas.
133.—¡La condesa está triste!..., de Carlos Arniches,
134.—Manos de plata, de Francisco Serrano Anguita.
135.—De cuarenta para arriba..., de Antonio F. Lepina y Ricardo G. del Toro.
136.—Fabiola o los Mártires cristianos, de Tomás Borrás y Valentín de Pedro.
137.—Peleles, de Francisco de Viu.
138.—Anfisa, de Leónidas Andreiev.
139.—El protagonista de la virtud, de Manuel D. Benavides.
140.—El ruiseñor de la huerta, de El Pastor Poeta.
141.—¡Contente, Clemente!, de Antonio Paso.
142.—El alma de la aldea, de Linares Rivas y Méndez de la Torre.
143.—El millonario y la bailarina, de Pilar Millán Astray.
144.—La hija de Juan Simón, de de José María Granada y Nemesio M. Sobrevila.
145.—El condenado por desconfiado, de Tirso de Molina, arreglo de los hermanos Machado.
146.—La educación de los padres, de José Fernández del Villar.
147.—La mala memoria, de Abati y y García Alvarez, y La cizaña, de Linares Rivas.
148.—La rosa del azafrán, de Romero y Fernández Shaw.
149.—Shanghay, de John Colton, traducción de A. Mori.
150.—Satanelo, de Pedro Muñoz Seca.
151.—Casanova, de Loran Orbock, traducción de F. de Viu.
152.—Seis pesetas, de Luis de Vargas.
153.—La sombra, de Darío Niccodemi.
154.—Los pollos "cañón", de José Fernández del Villar.
155.—La mar y sus peces, de Antonio Paso y Emilio Sáez.
156.—La mujer desnuda, de Henri Bataille, traducción de Tulio Sarce.
157.—La Cárcel Modelo, de Carlos Arniches y Joaquín Abati.
158.—Trianerías, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
159.—El séptimo cielo, de Austin Strong, traducción de Antonio F. de Madrid.
160.—Olimpia, de Franz Molnar, traducción de Tomás Borrás y Andrés Révèsz.
161.—Papá Gutiérrez, de Francisco Serrano Anguita.
162.—El crimen de Juan Anderson, de Annie Wisse, adaptación de G. Olmedilla e Ignacio Rodríguez Grahit.
163.—"K-29", de López de Haro y Gómez de Miguel.
164.—La espada del hidalgo, de Luis Fernández Ardavín.
165.—Don Esperpento, de Joaquín Abati y Valentín de Pedro.
166.—La danzarina roja, de Charles-Henry Hirsch, traducción de Lepina y Burgas.
167.—Siegfried, de Jean Giraudoux, traducción de Díez-Canedo.
168.—La calle, de Elmer L. Rice, traducción de Juan Chabás.

169.—El tonto más tonto de todos los tontos, de Antonio Paso y Tomás Borrás.
170.—El amante de Madame Vidal, de Luis Verneuil.
171.—La Perulera, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
172.—¡Cásate con mi mujer!, de Ladislao Fodor, adaptación espanola de Tomás Borrás.
173.—Me lo daba el corazón, de Honorio Maura.
174.—La vieja rica, de Fernández del Villar.
175.—Pirueta, de Fernando de la Milla.
176.—La Maricastaña, de Felipe Sassone.
177.—¡Viva Alcorcón, que es mi pueblo!, de Ramos de Castro y Carreño
178.—El señor Badanas, de Arniches.
179.—La condesita y su bailarín, de Honorio Maura.
180.—Monte de abrojos, de José Castellón.
181.—Adán, o el drama empieza mañana, de Felipe Sassone.
182.—Los Chamarileros, de Arniches, Abati y Lucio.
183.—El alma de Corcho, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
184.—Han cerrado el portal, de Ardavín.
185.—Tierra en los ojos, de Serrano Anguita.
186.—El hombre que se deja querer, de Bernard Shaw.
187.—Tómame en serio, de A. Paso.
188.—La noche loca, de H. Maura.
189.—Mari-Bel, de Rafael Coello de Portugal.
190.—El cuento del lobo, de Molnar.
191.—Proa al sol, de Angel Lázaro.
192.—El Padre Alcalde, de Muñoz Seca.
193.—La prima Fernanda, de Manuel y Antonio Machado.
194.—Los amores de la Nati, de Pilar Millán Astray.
195.—Doña Herodes, de A. Paso.
196.—Margarita, Armando y su padre de Enrique Jardiel Poncela.
197.—La de los claveles dobles, de Luis de Vargas.
198.—La Guapa, de J. M. Granada y Téllez Moreno.
199.—La Academia, de García Alvarez y Muñoz Seca.
200.—Di que eres tú, de Antonio Paso y Juan Chacón.
201.—Mi casa es un infierno, de José Fernández del Villar.
202.—La reina castiza, de don Ramón del Valle-Inclán.
203.—¡Que trabaje Rita!, de Antonio Estremera y R. García Valdés.
204.—¡No seas embustera!, de Molnar, adaptación de Francisco Serrano Anguita y Andrés Révèsz.
205.—Las pobrecitas mujeres, de Luis de Vargas.
206.—El perro del hortelano, de Lope de Vega, refundición de Manuel y Antonio Machado.
207.—¡Un momento!, de F. Sassone
208.—Las doctoras, de Eduardo Haro
209.—Los Reyes Católicos, de José Fernández del Villar.
210.—La niña de la bola, de Leandro Navarro.
211.—El tío catorce, de Pedro Pérez Fernández.
212.—Una conquista difícil, de Rafael López de Haro.
213.—El chófer, de Antonio Paso y Tomás Borrás.
214.—La culpa es de Calderón, de Leandro Blanco y Alfonso Lapena
215.—Como los propios ángeles, de Juan G. Olmedilla y Alfredo Muñiz.
216.—Una gran señora, de Enrique Suárez de Deza.
217.—La marimandona, de José Ramos Martín.

l

TEATRO ESCOGIDO

CARLOS ARNICHES

Tomo Primero

La chica del gato.

El señor Adrián, el primo, o qué malo es ser bueno.

Las estrellas.

Prólogo de JOSE CARNER.

Tomo Segundo

Es mi hombre.

La señorita de Trevelez.

Los milagros del jornal.

Prólogo de RAMON PEREZ DE AYALA.

EDITORIAL ESTAMPA
Paseo de S. Vicente, 18
MADRID

RIVADENEYRA (S. A.).—MADRID